BIBLIOTECA DE VIAJE.

HISTORIAS EXTRAORDINARIAS

DE

EDGARD POE.

Segunda serie.

VIAJE Á LA LUNA á despecho de la gravitacion, la presion atmosférica y otras zarandajas: AVENTURA SIN IGUAL de un tal HANS PFAALL.

Segunda serie.

Soy, tengo y quiero,

POR D. PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

MADRID.

IMPRENTA DE EL ATALAYA, ANCHA DE SAN BERNARDO, 73,
á cargo de J. Martin Alegría.

1859.

CUATRO REALES.

BIBLIOTECA DE VIAJE.

5.

BIBLIOTECA DE VIAJE.

HISTORIAS EXTRAORDINARIAS

DE

EDGARD POE.

Segunda serie.

VIAJE Á LA LUNA á despecho de la gravitacion, la presion atmosférica y otras zarandajas: AVENTURA SIN IGUAL, de un tal HANS PFAALL.

MADRID.
IMPRENTA DE EL ATALAYA, ANCHA DE SAN BERNARDO, 73,
á cargo de J. Martin Alegría.

1859.

AVENTURA SIN IGUAL.

Rotterdam se halla actualmente en una situacion singular de efervescencia filosófica, y á la verdad, la causa justifica semejante situacion, porque son de tal naturaleza, tan nuevos y tan inopinados los fenómenos que acaba de contemplar, y se hallan en tan absoluta contradiccion con todas las opiniones recibidas, que indudablemente la Europa entera sufrirá un trastorno antes de mucho; y es mas que probable suceda otro tanto

con las ciencias físicas, mientras que la astronomía y hasta la razon se darán al traste.

Cierto dia de cierto mes (no recuerdo la fecha), inmenso gentío se hallaba reunido, sin que yo pueda decir el objeto, en la gran plaza de la Bolsa de Rotterdam. El tiempo, por demás caluroso para la estacion, quitaba todo lo que pudieran tener de molestas algunas ligeras lloviznas que se desprendian por intérvalos sobre la muchedumbre, desde las nubes que esparcidas entrecortaban el azul del cielo.

De repente, hácia la mitad del dia, se notó entre la gente, ligera pero marcada agitacion, á la cual sucedió una algazara de diez mil pulmones: un minuto despues diez mil rostros se volvieron hácia el cielo, diez mil pipas cayeron simultaneamente de otras tantas bocas, y un grito, comparable no mas al rugido del Niágara, resonó elevándose fu-

riosamente á través de la ciudad toda de Rotterdam y sus alrededores.

No tardó en descubrirse y ser patente el origen de semejante trastorno; veíase desembocar en uno de los espacios azulados del firmamento, saliendo de una masa de nubes contorneada dura y vigorosamente, un ser estraño, heterogéneo, sólido en la apariencia, de tan estraordinaria configuracion, organizado tan fantásticamente, que la muchedumbre, mirándolo desde abajo con la boca abierta, ni podia comprenderlo, ni cansarse de admirarlo.

¿Será un presagio? ¿Qué podrá ser? Nadie lo sabia, nadie podia adivinarlo, nadie, ni aun el mismo burgomaestre Mynheer Superbus Von Underduk, tenia ni conocia el mas ligero indicio para descifrar tal misterio; de modo que á falta de mejor cosa que hacer, todos los habitantes de Rotter-

dam, como pudiera un solo hombre, colocaron de nuevo sus pipas en la boca, y fijando un ojo en el fenómeno, tornaron á sus aspiraciones de humo; hicieron una pausa columpiándose y meciéndose de derecha á izquierda, dieron un significativo gruñido, despues se mecieron de izquierda á derecha, gruñeron de nuevo, hicieron otra pausa, y finalmente comenzaron la aspiracion de nuevas bocanadas de humo.

Veíase mientras tanto, bajar siempre hácia la pia ciudad de Rotterdam el objeto de tamaña curiosidad. A pocos minutos la cosa pudo distinguirse con exactitud, y parecia ser, digo mal, *era* sin duda alguna una especie de globo, pero tal, que de fijo Rotterdam no habia contemplado hasta entonces otro semejante. Porque ¿quién ha oido hablar siquiera de un globo construido con periódicos viejos y grasientos? En Holanda na-

die, y allí en las barbas de la poblacion entera, se estaba viendo la cosa en cuestion realizada, hecha (puedo apoyar mi afirmacion en autoridades irrecusables) con la antedicha materia, de la cual no hay ejemplo se haya valido aereonauta alguno para la construccion de su vehículo. Aquello era un insulto enorme hecho al sentido comun de los rotterdaneses.

Todavía mas estraña y reprensible era la forma del fenómeno, que tenia la de un jigantesco gorro de loco puntiagudo vuelto del revés; símil que en nada perdia de su exactitud con la proximidad, porque analizándole de mas cerca, la muchedumbre contempló una enorme bellota colgando de su punta, y alrededor del borde superior, ó como si dijéramos de la base del cono, una fila ú orla de instrumentuelos á manera de cencerrillos de ganado, que repiqueteaban conti-

nuamente la música de Betti Martin.

Aun no era esto lo peor del caso y lo terrible del asunto: colgaba con cintas azules meciéndose al estremo del fantástico aparato y á modo de barquilla, un sombrero colosal de castor gris americano, con alas superlativamente anchas, copa semi-esférica, cinta negra y hebilla de plata. Cosa estraña; mas de un ciudadano de Rotterdam hubiese jurado conocer ya aquel sombrero, que la reunion entera miraba, por decirlo así, como se mira á un objeto con el que nuestra vista se halla familiarizada; mientras la señora Grettel Pfaall prorrumpia al contemplarlo en una esclamacion de alegría y sorpresa, asegurando positivamente que aquel era el sombrero de su mismo marido. Conviene sepan nuestros lectores una circunstancia muy importante, á saber, que Pfaall, con otros tres compañeros, desapareció de Rotterdam

haria cinco años, de una manera súbita é inesplicable, sin que hasta el momento en que comienza este relato, fuera dable esplicar satisfactoriamente aquella desaparicion. En cierto paraje muy retirado al Este de la ciudad, se habian descubierto recientemente algunos huesos humanos mezclados con un monton de escombros estraños, todo lo cual dió lugar á la hipótesis hecha por varias personas, de que en aquel sitio debió perpetrarse algun horrible asesinato, siendo Hans Pfaall y sus compañeros probablemente las víctimas. Pero volvamos de nuevo á nuestra historia.

El globo (que en verdad no era otra cosa), bajó hasta encontrarse á cien piés del suelo, permitiendo á la muchedumbre contemplar al individuo que lo ocupaba, que por cierto era un personaje harto raro. Su estatura no escederia de dos piés, pero sin embargo de

tal exigüidad, pudiera sobrado bien haber perdido el equilibrio cayendo desde su barquilla, sin la intervencion de una especie de pasamano ó balaustrada puesta en el borde circular, que llegándole á la altura del pecho, estaba unida y sujeta á las cuerdas del globo. El hombrecillo tenia un cuerpo tan voluminoso, que sobrepujaba en estrañeza de proporciones á la mas atrevida caricatura, dando al conjunto de su persona una esfericidad, por no decir rotundidez, singularmente absurda. Naturalmente era imposible verle los piés, pero las manos eran monstruosamente gruesas; los cabellos entre canos, atados en la nuca á manera de coleta; la nariz, verdadero prodigio en longitud, corva y amoratada; los ojos rasgados, vivos y penetrantes; la barba y las mejillas, no obstante las arrugas de que se hallaban surcadas por la vejez, eran anchas y carno-

sas, pero en los lados de la cabeza no habia señal siquiera de orejas. Su trage consistia en un paletot ó saco de paño azul celeste, calzon ajustado por la rodilla con hevillas de plata, un chaleco de tela amarilla muy brillante, una gorra de tafetan blanco picarescamente inclinada á un lado de la cabeza, y finalmente, como complemento de tal equipaje, un pañuelo color de grana puesto al cuello, formando un lazo superlativo, cuyas puntas estraordinariamente largas caian pretenciosamente sobre el pecho.

Situado como ya dejo dicho á cien piés del suelo, el viejecillo mostró súbitamente ser presa de una agitacion nerviosa y dió señales de no tener gran deseo de acercarse mas á la *tierra firme*. Arrojó cierta cantidad de arena de un saco en que la llevaba y que levantó con gran trabajo, logrando con esta operacion permanecer estacionario un

corto espacio de tiempo, que aprovechó en sacar del bolsillo de su paletot, con rapidez y agitacion, una gran cartera de tafilete, examinándola con recelosa sorpresa, evidentemente admirado de su peso. Abríola al fin, sacó de ella una enorme carta sellada con lacre rojo y cuidadosamente envuelta con un hilo del propio color, y la dejó caer exactamente á los piés del burgomaestre Superbus Von Underduk.

Su Escelencia se inclinó para recogerla, pero el aereonauta, mostrando siempre la misma inquietud, y no teniendo por lo visto otros negocios que le detuviesen en Rotterdam, comenzó precipitadamente á arreglar sus preparativos de marcha, arrojando uno tras otro hasta media docena de sacos del lastre que llevaba, con el intento de poder así elevarse nuevamente; mas como no quiso tomarse la molestia siquiera de vaciarlos,

fueron todos á dar sobre las costillas del mal aventurado burgomaestre, que hubo de verse aporreado y puesto, bien contra su voluntad, seis veces seguidas en cuclillas á los ojos de la ciudad entera de Rotterdam.

No se crea por esto que el gran Underduk dejase impune semejante impertinencia de parte del vejete, sino que al contrario, castigó el ultrage de los seis porrazos, con otras tantas bocanadas de humo, que con furia estrajo de su adorada pipa sujeta siempre entre los dientes con todas sus fuerzas, tal cual se propone mantenerla (si Dios no se lo impide), hasta el dia mismo de su muerte.

El globo mientras tanto subia como una alondra, acabando por desaparecer tranquilamente detras de una nube semejante á la otra de que surgió de modo tan singular,

perdiéndose completamente de vista á los espantados ojos de los honrados vecinos de Rotterdam.

La atencion general se fijó desde este momento sobre la carta, cuya trasmision unida á las consecuencias que la siguieron, estuvo á pique de ser fatal á la persona y á la dignidad de su Escelencia Von Underduk. Entretanto nuestro funcionario cuidó, mientras duraban sus movimientos giratorios, de poner á buen recaudo y en seguridad la parte mas importante del asunto, es decir la carta, que á juzgar por el sobre estaba en manos de su verdadero dueño, en razon á que venia dirigida en primer lugar á su persona y ademas al profesor Rudabub, designados ambos por sus respectivas dignidades de presidente y vice-presidente del colegio astronómico de Rotterdam. Abierta inmediatamente por estos señores, hallaron la si-

guiente estraordinaria comunicacion, bien grave á fé mia:

A sus Escelencias Von Underduk y Rudabub, presidente y vice-presidente del colegio nacional astronómico de la ciudad de Rotterdam.

Tal vez sus Escelencias no se acordarán siquiera de un humilde artesano, cuya profesion era componer fuelles, llamado Hans Pfaall, y que desapareció de Rotterdam de la noche á la mañana con otras tres personas mas, de una manera que imagino difícil haya nadie podido todavia esplicar; pero este mismo Hans Pfaall es hoy, quien con perdon de sus Escelencias les dirige la presente comunicacion. Es un hecho bien notorio entre la mayor parte de mis conciudadanos, que por espacio de cuarenta años habité la casita de ladrillo que se halla á la

entrada de la callejuela de *Sauer kraut* [1] y allí moraba aun en la época de mi desaparicion. Mis antepasados vivieron esta misma casa desde tiempo inmemorial, y como yo, tuvieron siempre la misma respetable y lucrativa profesion de componer y remendar fuelles; profesion, que en verdad, hasta estos últimos años, en que todo lo ha invadido la política levantando á nuestra géneracion de cascos, era la industria mas productiva que podia ejercer en Rotterdam un ciudadano honrado, tal cual siempre lo he sido yo. Estaba acreditado, me sobraba parroquia, y no me faltaba dinero ni buenos deseos; mas como ya dejo indicado, no tardé en sufrir los efectos de la libertad, de las peroratas interminables, del radicalismo y otras drogas semejantes: porque á algunos

[1] Berzas agrias.

que hasta aquella época habian sido los mejores parroquianos del mundo, les faltaba el tiempo necesario para pensar en mí, no teniendo suficiente para estudiar la historia de las revoluciones, y vigilar afanosos los progresos de la inteligencia y el espíritu del siglo. Encendian la lumbre sin mas fuelle que los periódicos, y á la par que crecia la debilidad del gobierno, adquiria yo la conviccion de que el cuero y el hierro aumentaban en tenacidad y resistencia de modo tal, que acabó por no encontrarse en todo Rotterdam un solo fuelle que hubiese menester compostura, ni que exigiese las caricias del martillo. Semejante situacion era insostenible; no tardé mucho tiempo en verme mas pobre que una rata, y como por añadidura tenia muger é hijos que mantener, mis obligaciones llegaron á hacérseme insoportables, de manera que concluí por ocupar todo mi

tiempo en reflexionar sobre el mejor medio de suicidarme.

Entretanto mis importunos acreedores apenas me dejaban libre un solo momento de meditacion, y mi casa se hallaba literal y materialmente sitiada por ellos desde la mañana hasta la noche. Tres especialmente me incomodaban de un modo espantoso, haciendo la centinela contínuamente en mi puerta y amenazándome siempre con los tribunales. Propúseme tomar venganza de aquellos tres seres maldecidos, si alguna vez llegaba á tener la dicha de poderlos coger entre mis uñas; así que la dulce esperanza de realizar tal deseo, fué la causa que me impidió ejecutar inmediatamente el plan de suicidio, reducido á levantarme la tapa de los sesos de un trabucazo. Mientras tanto pensé convendría mas disimular la cólera, ser largo en promesas y no escaso en buenas palabras,

para dar así tiempo á que la veleidosa fortuna ofreciera ocasion propicia al logro de mi venganza.

Un dia que conseguí burlar la vigilancia de mis acreedores y que me hallaba mas abatido que de costumbre, estuve vagando mucho tiempo sin objeto ni fin alguno por las calles mas lóbregas, hasta darme un encontron con el puesto de un librero ambulante; dejéme caer sobre un sillon allí colocado para comodidad de los lectores, y sin darme razon de lo que hacia, con un humor endiablado, abrí el primer libro qne encontré á la mano. Era un reducido folleto de astronomía especulativa, escrito no sé si por el profesor Encke de Berlin, ó por un francés cuyo nombre tenia con el de este mucha semejanza. Aunque mis conocimientos en tal materia no pasaban de ser muy ligeros, quedé tan absorto en la lectura de la obra, que

la leí dos veces desde el principio hasta el fin, antes de poder darme cuenta de lo que me rodeaba.

Estaba ya anocheciendo y hube de volver á casa, pero la lectura del folleto (que coincidía con un descubrimiento pneumático que acababa de trasmitirme un primo mio desde Nantes como un secreto importantísimo), produjo en mi imaginacion una impresion indeleble; de manera que vagando por las calles envueltas en las sombras del crepúsculo, repasaba en la memoria los razonamientos estraños y poco inteligibles del escritor, con especialidad algunos trozos que me chocaron estraordinariamente. Cuanto mas reflexionaba sobre ellos, mas crecia el interés que me escitaban, y aunque mis conocimientos generales eran pocos, como he dicho, y en lo que tuviera relacion con la filosofía natural, mucha mi ignorancia; lejos de

desconfiar de mi aptitud para comprender lo leido, ó de mirar con recelo las nociones vagas y confusas que pudo hacer surgir la lectura en mi imaginacion; todo se convertia únicamente en aguijon mas y mas fuerte del deseo, siendo yo harto vanidoso ó tal vez sensato, para llegar hasta la sospecha de si ciertas ideas difíciles de digerir, que á veces producen las cabezas mas desarregladas, no contienen en su seno (cuando tan perfectamente lo muestran al parecer), toda la fuerza, realidad y demás propiedades inherentes al instinto y la intuicion.

Llegué á mi casa tarde y me metí en la cama inmediatamente; pero demasiado preocupado para dormir, pasé la noche entera meditando; levanteme muy temprano y me dirigí al puesto del librero, y allí gasté el poco dinero que tenia, comprando algunos tomos de mecánica y astronomía prácticas,

que cual un tesoro llevé á mi aposento, en donde desde aquel punto me encerré, consagrando á la lectura todo el tiempo de que podia disponer. Hice de este modo bastantes adelantos en el nuevo estudio, para poner por obra cierto proyecto, que el diablo ó mi ángel tutelar debieron inspirarme.

Esforzábame mientras tanto en captarme la voluntad de los tres acreedores que constituian mi tormento, lográndolo con vender la mayor parte de mis muebles para satisfacer la mitad de su crédito, prometiéndoles saldar la diferencia despues que realizara un proyecto que me bullia en la cabeza, y que necesitaba de su cooperacion para llevarse á cabo. Merced á estos medios y á la circunstancia de que los tres eran muy ignorantes, conseguí sin gran dificultad que me ayudaran.

Arregladas de esta manera las cosas, me

dediqué, auxiliado por mi mujer,—tomando siempre grandes precauciones y con el mayor sigilo,—á vender todo cuanto tenia, y á reunir por medio de cortos préstamos pedidos bajo diversos pretestos, una cantidad razonable en dinero contante, sin dárseme un ardite, y sin tomarme la pena (con rubor lo confieso), de si podria ó no devolverlo.

Gracias á este aumento en mis recursos, pude ir comprando muchas piezas de buena batista,—de á doce yardas cada una,—bramante, una porcion de barniz de Cautchouc, una cesta de mimbres grande y honda, hecha á propósito, y finalmente otros varios enseres y artículos necesarios para la construccion de un globo de dimensiones estraordinarias. Encargué el cosido á mi mujer, así como la precipitacion en la obra, dándola cuantas instrucciones necesité para llevarla á cabo.

Con el bramante hice al mismo tiempo una red bastante grande para cubrir un aro que sujeté con cuerdas, y reuní gran número de instrumentos y materias útiles para hacer esperiencias en las regiones elevadas de la atmósfera. De noche y con cautela llevé á un lugar apartado y oculto, al este de Rotterdam, cinco barricas con aros de hierro, de cabida de unos cincuenta gallones, y otra mayor que las anteriores; seis tubos de hoja de lata de tres pulgadas de diámetro y diez piés de largo, dispuestos *ad hoc;* la cantidad suficiente de ***cierta sustancia metálica ó semi-metálica***, cuyo nombre callo, y una docena de castañas ó vasijas, llenas de cierto ácido muy comun. El gas resultante de esta combinacion es desconocido y no fabricado hasta hoy mas que por mí, ó cuando menos soy el único que lo haya aplicado á semejante objeto. Cuanto puedo decir en este

lugar es que *forma una de las partes constitutivas del azoe*, mirado hace tanto tiempo como irreductible, siendo su densidad treinta y siete veces y cuatro décimas menor que la del hidrógeno. Carece de sabor, mas no de olor, arde cuando está puro, produce una llama verdosa, y ataca rápidamente la vida animal. Ninguna dificultad tendria en dar mi secreto á conocer, mas pertenece de derecho, como ya dejo indicado, á un vecino de Nantes, que me lo ha trasmitido con ciertas condiciones.

La misma persona, sin idea alguna, de mi proyecto, me ha enseñado un procedimiento para construir los globos con un tegido animal, que imposibilita totalmente las fugas de gas; pero como este tejido era mucho mas caro para mí, hube de contentarme con batista revestida de barniz de Cautchouc que creí y hallé ser igualmente buena. Menciono

esto, por parecerme probable que el sugeto en cuestion intentará un dia, que no está lejos, una ascension, valiéndose del nuevo gas y de la materia citada, y en manera alguna quiero arrebatarle el honor de tan original invento.

Secretamente abrí un hoyuelo en cada uno de los sitios que habian de ocupar las barricas pequeñas, de modo que estos hoyos se hallasen colocados á distancias iguales y sobre una circunferencia de veinticinco piés de diámetro; y en el centro que debia estar la barrica mayor, hice un hoyo de mas profundidad, colocando despues en los primeros sendas cajas de hoja de lata, que contenian unas cincuenta libras de pólvora, y en el del centro un barril con ciento cincuenta libras de igual materia esplosiva. Puse en comunicacion con regueros de pólvora cubiertos el barril y las cinco cajas; metí en una de estas

la punta de una mecha de cuatro piés de largo, rellené el hoyo, planté sobre él la barrica, dejando saliese únicamente por bajo de la misma una pulgada escasa de la otra punta de la mecha, con lo que era sumamente difícil apercibirla; y finalmente, rellenos los hoyos restantes, coloqué encima las demás barricas.

Tambien llevé á mi depósito general, ocultándole allí, á mas de los objetos referidos, uno de los aparatos perfeccionados de Grimm para la condensacion del aire atmosférico. Este aparato necesitaba modificaciones singulares, para ser aplicable al uso que me proponia hacer de él; pero gracias á la incesante perseverancia y al trabajo tenaz que empleé, conseguí resultados satisfactorios, tanto en este como en los demás preparativos. No tardé en ver mi globo concluido; su volúmen pasaba de cuarenta mil piés cú-

bicos, pudiendo sin dificultad levantar segun calculé, no solo mi persona y todos los efectos que pensaba llevar, sino que bien manejado y dirigido, podria levantar al propio tiempo ciento setenta y cinco libras de lastre. Con las tres capas ó manos que le dí de barniz, la batista sustituia sin mucha diferencia á la seda, siéndola casi igual en fuerza y muy superior en baratura.

Arreglado ya todo, exigí á mi mujer jurara mantendria un secreto absoluto sobre mis acciones desde el dia de mi primera visita al librero, prometiéndola yo á mi vez en cambio, volver inmediatamente que las circunstancias me lo permitieran; despedime de ella y la entregué el poco dinero que me quedaba. A decir verdad no me inquietaba dejar sola á mi mujer, que era lo que comunmente se llama en el mundo una mujer escepcional y notable, harto capaz de manejarse sin au-

xilio mio; y luego tambien, si he de decirlo todo, tengo la conviccion de que siempre me ha mirado como á un infeliz haragan á propósito únicamente para hacer castillos en el aire, de manera que debió congratularse de mi marcha y de su libertad. Era ya de noche cuando me despedí de ella, y en compañía de los tres acreedores, que tanto me habian hecho rabiar, á guisa de ayudantes de campo, llevamos el globo, la barquilla y demás accesorios, por un camino estraviado, al lugar en que ya estaban los útiles restantes, y que hallamos intactos, y de modo que inmediatamente puse con mis compañeros manos á la obra.

Estábamos á primero de abril, la noche era muy oscura, no se percibia una estrella, y la espesa llovizna que caia á ratos nos molestaba mucho. Hallábame inquieto por el globo, que á despecho del barniz que

lo cubria, comenzaba á pesar con la humedad, mientras tambien temia que la pólvora se averiase. Hice por lo mismo trabajar con ahinco á mis tres necios, rodear de hielo la barrica central y remover el ácido en las demás. Entretanto no cesaban de fastidiarme á preguntas, encaminadas todas á averiguar lo que trataba yo de hacer con aquel aparato, manifestando bien á las claras su disgusto hácia el penoso trabajo que les imponia. Decíanme que no les era dable comprender lo que pudiera resultar de bueno con calarse hasta los huesos de aquel modo, únicamente para ser cómplices en tan abominable hechicería. Principié pues, á recelar un tanto, y puse todo mi conato en adelantar la obra, porque ya era indudable que aquellos idiotas se imaginaban que tenia pacto con el diablo, y cuanto ejecutaba les ponia mas intranquilos. Tuve un momento sérios temores

de que me dejaran plantado, y procuré calmarlos ofreciendo pagarles hasta el último maravedí, tan luego como concluyésemos nuestro trabajo. Como debe suponerse, interpretaron á su gusto mis promesas, y creyeron sin duda que de un modo ó de otro, puesto que iba á hacerme dueño de una inmensa cantidad en dinero contante, y les pagaba la deuda por completo y con mas algun piquillo por razon de su ayuda, les importaba poco el peligro que pudieran correr sus almas ni mis huesos.

Al cabo de cuatro horas y media me pareció que el globo se hallaba ya bastante hinchado; colgué la barquilla, coloqué todo mi equipaje, un telescopio, un barómetro con ciertas modificaciones importantes, un termómetro, un electrómetro, compás, brújula, un reló con indicador de segundos, una campana, una bocina, etc., etc., y asimismo

una esfera de cristal en que habia hecho el vacío, herméticamente cerrada; el aparato condensador, cal viva, una barra de lacre, agua en abundancia, víveres no escasos, y entre ellos el *pemmican*, [1] que tanta materia nutritiva contiene en un volúmen muy reducido, y finalmente puse en mi barquilla un par de pichones y una gata.

Próximo el amanecer, creí llegado el momento de verificar la partida, dejé caer al suelo el cigarro encendido, y al bajarme para recojerlo, puse cautelosamente fuego á la mecha cuya punta, como ya dije, sobresalia un poco por debajo de una de las barricas menores. Hecha esta maniobra, de que ni por pienso pudieron apercibirse mis tres verdugos, salté en la barquilla, corté la cuerda

[1] PEMMA del latin, *vianda cocida,* y MICON del griego, *un poco.*

única que la sujetaba á la tierra, y lleno de gozo observé que me elevaba con rapidez inconcebible, soportando el globo sus ciento setenta y cinco libras de lastre de plomo, tan perfectamente, que tuve la persuasion de que hubiese aguantado duplo peso. Cuando dejé la tierra, señalaba el barómetro treinta pulgadas, y el termómetro centígrado diez y nueve grados.

Habria subido ya como unas cincuenta yardas, cuando una tromba de fuego, piedras, madera y metales inflamados, revuelto todo con miembros humanos destrozados, me alcanzó con un rugido espantoso, dejándome tan sobrecogido, que me arrojé temblando de miedo en el fondo de la barquilla. Comprendí entonces cuán espantosamente habia cargado la mina, y que aun me restaba sufrir las principales consecuencias de la sacudida. Con efecto, no habria trascurrido un

segundo, cuando toda la sangre se agolpó en mis sienes, y súbita, inmediata é inopinada, una conmocion que jamás se borrará de mi memoria, estalló en medio de la oscuridad, como si se rasgase en dos pedazos el firmamento mismo. Mas tarde, y cuando ya pude reflexionar, no dejé de esplicarme la causa de la estremada violencia de la esplosion, que no era otra sino la de que yo me hallaba situado en la vertical que pasaba por la mina, y de consiguiente en la línea en que su accion debia de ser mas poderosa. Como es de suponer, en tal momento no pensé mas que en salvarme. El globo se aplastó primero, despues se estiró con fúria, luego comenzó á dar vueltas con una rapidéz vertiginosa, y finalmente tambaleándose y revolviéndose como un hombre borracho, me arrojó por encima del borde de la barquilla, dejándome á una altura espantosa, engan-

chado y cabeza abajo, de la punta de una cuerda mui delgada de tres piés de larga, casualmente pendiente al través de una hendidura del fondo de la cesta, y que providencialmente hubo de enredárseme al pié izquierdo cuando caí. Es imposible, de absoluta imposibilidad, formar una idea exacta del horror de mi situacion: abrí convulsivamente la boca para respirar, y un calofrío, semejante al producido por la calentura, recorrió mis nervios y músculos y todo mi ser; creí saltaban mis ojos de sus órbitas; un mareo espantoso me dominó y me desmayé perdiendo completamente el conocimiento.

No podré fijar el tiempo que en tal estado permanecí; pero debió de trascurrir mucho, porque cuando recobré en parte el uso de los sentidos, ví que amanecia ya; el globo se hallaba á una altura prodigiosa y sobre la inmensidad del Occéano, no percibiéndose

en todo aquel vastísimo horizonte señal alguna de tierra. Al volver en mí no esperimenté sensaciones tan dolorosas como era de creer debia sufrir, y á la verdad podia con harta exactitud calificarse de locura la contemplacion plácida con que en un principio me puse á analizar mi situacion. Llevé las manos una tras otra delante de los ojos, y tratando admirado de dar con la causa de la hinchazon de las venas y el horrible ennegrecimiento de las uñas: despues examiné cuidadosamente la cabeza, sacudiéndola repetidas veces y palpándola con minuciosa atencion, hasta que por fin me persuadí de que felizmente no tenia el tamaño del globo, tal cual horrorizado llegué á imaginar: luego, con la costumbre de quien conoce perfectamente el lugar ocupado por sus bolsillos, palpé tambien los del pantalon y reparé habia perdido mi libro de apuntes y mi pali-

llero; mas no pudiendo lograr darme razon de esta desaparicion, sentí un disgusto inesplicable. Pareciome entonces que tenia un dolor muy vivo en el empeine del pié izquierdo, y aunque confusa y vagamente comenzó á pintarse en mi entendimiento la conciencia de mi situacion. Lo raro es que no esperimenté admiracion ni terror; y si alguna emocion pasó por mí, fué la de una especie de satisfaccion ó de complacencia, pensando en la destreza que tendria que desplegar para salir de situacion tan estraña; porque ni por un solo instante me asaltó la idea de la muerte. Permanecí algunos minutos sumido en profunda meditacion, y hasta recuerdo perfectamente, que mas de una vez apreté los labios, coloqué el índice á un lado de la nariz, y hasta gesticulé de la misma manera que suele hacerlo una persona cómodamente arrellanada en un sillon cuando medita so-

bre asuntos complicados é importantes.

Así que á juicio mio hube reunido lo necesario mis ideas, llevé con la mas perfecta deliberacion las manos á la espalda y me quité una hevilla de hierro grande que tenia en la cintura del pantalon. La hevilla era de tres puas, que un poco oxidada ya, giraban con dificultad sobre su eje; pero á fuerza de paciencia logré hacer formasen un ángulo recto con el cuerpo de la hevilla, observando con alegría que se mantenian con firmeza fijas en dicha posicion. Con esta especie de instrumento entre los dientes me dediqué á deshacer el nudo de la corbata, maniobra que ejecuté descansando á ratos, pero que verifiqué al cabo. En una punta de la corbata sujeté la hevilla, y para mayor seguridad me até la otra á la muñeca. Desplegando entonces una prodigiosa fuerza muscular, levanté el cuerpo y conseguí al primer golpe arrojar la hevilla

enganchándola en el reborde circular de mimbres. Mi cuerpo quedó formando con la pared esterior de la barquilla un ángulo de cuarenta y cinco grados; mas no se entienda por esto que semejante inclinacion fuese con respecto á la vertical, sino que mas bien al contrario, me encontraba yo en un plano casi paralelo al horizontal, pues que la nueva posicion que tomé, separó de la suya el fondo de la barquilla, haciendo mayor el riesgo en que me hallaba.

Suponiendo que al principio hubiese yo caido de la barquilla quedando vuelta la cara al globo, en vez de volverla como la tenia al lado opuesto, ó bien que la cuerda en que quedé enganchado colgara por casualidad del borde superior en lugar de atravesar una hendidura del fondo; fácilmente se comprenderá que en ambas hipótesis hubiérame sido totalmente imposible realizar semejante mi-

lagro, perdiendo por completo la posteridad estas revelaciones. Muchos motivos tenia para bendecir á la fortuna; pero quedé tan estupefacto y tan incapaz de obrar, que me mantuve colgando cerca de un cuarto de hora en tan singular posicion, abismado en una estraña calma y una beatitud idiota, sin intentar un esfuerzo nuevo, ni aun el mas ligero: pero semejante estado de mi ser se disipó pronto y dió lugar á un sentimiento de horror, espanto y absoluta desesperacion. Lo cierto fué, que la sangre acumulada por tanto espacio en los vasos de la cabeza y garganta, causándome una especie de saludable delirio, semejante en su accion á la energía, empezó á refluir y circular tomando su nivel, de manera que con el aumento de lucidez, crecia en mí la percepcion del riesgo y me quitaba el valor y la sangre fria necesarios para arrostrarlo. Felizmente no duró

mucho este decaimiento; la energía de la desesperacion volvió de nuevo, y dando gritos y haciendo esfuerzos frenéticos, me arrojé convulsivamente con incansable insistencia, hasta que produciéndose un sacudimiento general, pude por fin agarrarme al anhelado borde con las manos mas apretadas que un tornillo, y retorciendo el cuerpo por encima, caí de cabeza y jadeando en el fondo de la barquilla.

Hasta que hubo transcurrido cierto tiempo, no fuí bastante dueño de mí mismo para ocuparme del globo, pero así que pude hacerlo, lo examiné atentamente y observé con la mayor alegría que ningun daño habia sufrido, hallando asimismo intactos mis instrumentos todos y sin menoscabo por dicha el lastre, ni las provisiones; aunque bien es verdad, que todo lo habia yo sujetado con firmeza en su lugar y era dificilísimo

trastorno alguno. Miré el relój y eran las seis: continuaba ascendiendo rápidamente y segun la observacion de mi barómetro estaba á tres millas y tres cuartos de altura. Exactamente debajo del globo, percibí en el Océano un objeto negro y pequeño, y un tanto alargado, semejante en dimensiones á una ficha de dominó y parecido mas que á otra cosa á un juguete: le dirigí el telescopio y ví con claridad era un navío inglés de noventa y cuatro cañones balanceándose pesadamente en el mar, orzando y con la proa al este-sud-oeste. Escepto este buque no ví absolutamente objeto alguno sino el mar, el cielo, y el sol que hacia tiempo ya se hallaba en el horizonte.

Es llegado el caso de manifestar á Vuecencias el objeto de mi viage. Supongo no habrán Vuecencias echado en olvido que mi deplorable situacion en Rotterdam acabó

porque me decidiese al suicidio, y sin embargo no sentia disgusto verdadero de la vida misma, sino que estaba fatigado y cansado hasta mas no poder de las miserias accidentales de mi posicion. Con el ánimo tan atribulado, ansiando vivir todavia y sin embargo aburrido de la vida, encontré un recurso en mi imaginacion, al leer en casa del librero aquel folleto apoyado con el oportuno descubrimiento hecho en Nantes por mi primo. Tomé un partido definitivo; resolví abandonar la tierra, pero no la existencia; salir del mundo sin dejar la vida; y para acabar de una vez con enigmas y rodeos, propúseme sin reparar en nada, ver de encontrar, á ser dable, camino y medios para llegar *hasta la luna.*

Para que ahora no se me tenga por mas loco que lo que soy, espondré minuciosamente y como mejor se me alcance, las con-

sideraciones que me indujeron á suponer, que semejante empresa aunque erizada de dificultades y llena de peligros, no era totalmente imposible para un espíritu emprendedor.

Lo primero que necesitaba considerar era la distancia material de la luna á la tierra. La distancia media ó aproximada entre los centros del planeta y su satélite, es de cincuenta y nueve veces mas una fraccion, el radio terrestre en el ecuador, ó lo que es lo mismo, unas 237.000 millas. Aunque he dicho distancia media ó aproximada, se comprenderá fácilmente, que siendo la órbita lunar una elipse cuya escentricidad no baja de 0.05484 de su semi-eje mayor, y hallándose la tierra en uno de los focos de esta elipse; logrando yo de un modo cualquiera encontrar á la luna en el perigéo, se disminuía reparablemente la distancia evaluada antes, y por tanto mi viaje. Mas dejando aparte tal

hipótesis, era lo cierto, que de las 237.000 millas, debia restar los radios de la tierra y de la luna, de 4.000 el primero y de 1.080 el segundo, por manera que quedaba reducida á 231.920 millas la estension aproximada de mi camino, cuyo espacio no era á mi parecer tan estraordinariamente considerable. Viajamos sobre la tierra con una velocidad de sesenta millas por hora, y es de suponer sea con el tiempo mayor aun la que se logre alcanzar; pero contentándome con la primera, deberian bastarme 161 dias para llegar á la superficie lunar. Gran número de circunstancias me inducian ademas á creer que la rapidez con que se verificaria mi viage, seria mucho mayor que la de 60 millas por hora; mas como estas consideraciones me produjeron una impresion profundísima, necesito esplicarlas estensamente y esto lo haré mas adelante.

La segunda cuestion que necesitaba examinar, tenia una importancia muy diferente. Segun las indicaciones barométricas, sabemos que elevándose por encima de la superficie terrestre 1.000 piés, déjase debajo, casi una treintava parte de la masa atmosférica; elevándose á 10.600 piés, dejamos una tercera parte; y á los 18.000, que es próximamente la altura del Cotopaxi, quédasenos por debajo la mitad de la masa fluida ó de la parte ponderable del aire que rodea nuestro globo. Hállase calculado asimismo, que á una altura que no esceda de la centésima parte del diámetro terrestre, ó lo que es lo mismo, de unas 80 millas, la rarefaccion debe ser tal, que la vida animal no pueda sostenerse; y que ademas, por delicados y sútiles que fueren los medios empleados para conocer la presencia de la atmósfera, serian inútiles, vanos é insuficien-

tes. No dejé sin embargo de tener en cuenta, que estos últimos cálculos se hallaban apoyados únicamente en nuestros conocimientos esperimentales de las propiedades del aire y de las leyes mecánicas que rigen á su dilatacion y compresion, cuando tales esperiencias tienen lugar no mas que (comparativamente hablando), en la proximidad ó inmediacion de la masa terrestre. Considérase como un hecho cierto, que á una distancia dada pero inaccesible de la superficie, la vida animal es y debe ser esencialmente incapaz de modificacion; pero tambien es verdad, que todo raciocinio de esta especie hecho con datos semejantes, no puede evidentemente ser mas que una pura deduccion por analogía. Veinte y cinco mil piés, puede decirse es la altura máxima á que ha llegado el hombre, pues no pasó de esta la ascension aérea de M. M. Gay-Lussac y

Biot, altura harto escasa comparada con las 80 millas en cuestion, de suerte que me pareció quedaba lugar á la duda y vasto campo á las conjeturas.

Suponiendo verificada una ascension á una altura cualquiera dada, es el hecho, que la cantidad de aire ponderable que se atraviesa durante todo el período ulterior de la ascension, no se éncuentra en proporcion con la altura adicional adquirida, segun ha podido verse por lo que antes dijimos, sino que tiene con ella una razon constantemente decreciente. Será por tanto evidente, que si nos elevamos á la mayor altura posible, no podamos literalmente llegar á un límite ó término, mas allá del cual cese absolutamente de existir la atmósfera. Mi conclusion fué que *debia existir*, por mas que *podria* á la verdad, tener un estado de rarefaccion infinito.

Bien sé que por otra parte no escasean los argumentos para probar que la atmósfera tiene un límite real y determinado, pasado el cual no hay aire respirable; pero existe una circunstancia, que los que así opinan no han tenido en cuenta, y que si bien no es una concluyente refutacion de su doctrina, es asunto sobrado digno de una investigacion concienzuda y grave. Comparando los intérvalos de tiempo entre los pasos sucesivos del cometa de Encke por su perihelio, y tomando en cuenta todas las perturbaciones producidas por la atraccion planetaria; vemos que los períodos disminuyen gradualmente, ó lo que es lo mismo, el eje mayor de la elipse que recorre el cometa, va acortándose lentamente, pero de un modo regular. Esto mismo que vemos por medio de la observacion, es lo que debe tener lugar precisamente, si suponemos que el cometa espe-

rimenta la resistencia que le opondria *un medio ethéreo escesivamente raro* que invadiese las regiones por las cuales pasa su órbita; porque indudablemente este medio debe, retardando la velocidad del cometa, aumentar su fuerza centrípeta y disminuir la centrífuga; que viene á ser en otros términos lo mismo que decir, que haciéndose cada vez mas poderosa la fuerza de atraccion solar, el cometa se acercará mas y mas al sol. Lo cierto es que no hay otro modo de esplicar satisfactoriamente esta variacion.

Queda otro hecho importante que hacer notar y es, que el diámetro verdadero de la parte nebulosa del mismo cometa, se ha observado disminuye con rapidez á medida que se aproxima al sol; y aumenta con la misma prontitud, á medida que se aleja caminando hacia su afelio. ¿No podria yo razonablemente suponer, como Mr. Vals, que esta con-

densacion ó reduccion de volúmen, la producia la compresion ejercida por el medio ethéreo de que acabamos de hablar, y cuya densidad está en razon inversa de la distancia al sol? El fenómeno que afecta la forma lenticular, conocido con el nombre de luz zodiacal, no deja tampoco de merecer la atencion hasta cierto punto. Esta luz tan perceptible entre los trópicos y que no es dable confundir con la de un metéoro cualquiera, elévase con oblicuidad respecto al horizonte y sigue generalmente la línea del ecuador del sol; juzgué por tanto, que debia proceder evidentemente de una atmósfera de poca densidad, que se estendia desde el sol hasta mas allá de la órbita de Venus cuando menos, y segun mi juicio indefinidamente mas lejos; porque no podia suponer que la curva que sigue el cometa en su marcha, fuera precisamente el límite de tal at-

mósfera, ni que tampoco se hallase esta reducida á ocupar únicamente la inmediacion del sol. Es mas sencilla la suposicion contraria, de que envuelve y llena la region entera de nuestro sistema planetario, condensándose en derredor de los planetas, y constituyendo lo que nosotros llamamos atmósfera, modificada tal vez en algunos por circunstancias puramente geológicas, ó alterada en sus proporciones ó en su naturaleza constitutiva, por las materias volatilizadas que puedan emanar de los globos respectivos.

Mirando así la cuestion, ya no tenia porque titubear. Suponiendo que en el camino encontrase una atmósfera *esencialmente* semejante á la que envuelve á la tierra, reflexioné que á favor del ingeniosísimo aparato de Mr. Grim, podria sin dificultad condensarla en cantidad suficiente á las necesidades de la respiracion, quedando allanado así

el principal obstáculo de un viaje á la luna. Gasté por tanto algun dinero y no poco trabajo en disponer y adaptar el aparato al objeto propuesto, y tenia confianza plena en sus resultados, con tal de que mi viaje no me costara mucho tiempo, circunstancia que me trae de nuevo á la cuestion de velocidad.

Todo el mundo sabe, que los globos en el primer período de su ascension, se elevan con una rapidez comparativamente moderada. La fuerza ascensional procede únicamente de la diferencia de peso entre el aire y el gás del globo; así, á primera vista no parece probable ni verosímil, que el globo al ganar en elevacion y ocupar sucesivamente capas atmosféricas de menor densidad, pueda adquirir mas viveza y acelerar su velocidad primitiva. Por otra parte, no recuerdo que en ninguna relacion de anteriores esperien-

cias, esté consignado haya habido disminucion aparente en la velocidad absoluta de la ascension, por mas que esto pudiera suceder en razon á fugas del gás á través del globo mal confeccionado, ordinariamente cubierto de barniz sin las condiciones necesarias, ó por cualquiera otras causas. Parecióme que el efecto de estas pérdidas, podia no mas contrabalancear la aceleracion que deberia adquirir el globo á medida que se alejase del centro de gravitación. Deduje, pues, que con tal deque en la travesía hallase el *medio* que imaginaba, y su esencia fuera la misma que la esencia de lo que nosotros llamamos aire atmosférico; poco cuidado me daba encontrarlo en tal ó cual grado de rarefaccion, por lo que se refiere á mi fuerza ascensional; pues no solo el gás del globo se encontraria sometido á la misma rarefaccion (en cuyo caso bastaba dar salida á una

cantidad proporcional de gás bastante para evitar una esplosion), sino que por la naturaleza misma del gás, siempre habria de ser específicamente mas ligero que cualquiera compuesto de azoe puro y oxígeno. Tenia indudablemente una probabilidad y muy grande, *de que en ningun período de mi ascension llegase á un punto, en el que la suma de los pesos reunidos de mi inmenso globo, del gás inconcebiblemente raro que encerraba, de la barquilla y su contenido; pudiesen igualar el peso de la masa de atmósfera ambiente desalojada*; concibiéndose fácilmente que esto, solo podia detener mi fuga ascendente; quedándome todavia el arbitrio, si llegaba al punto en cuestion, de poder arrojar el lastre y otros objetos pesados que llevaba, y que juntos formarian un total de cerca de 300 libras.

Debiendo la fuerza centrípeta disminuir

siempre en razon del cuadrado de las distancias, llegaria con una velocidad prodigiosamente acelerada á remotas regiones, donde la fuerza de atraccion lunar sustituiria á la terrestre.

Quedábame otra dificultad que no dejaba de inquietarme. Se ha observado que en las ascensiones hechas hasta alturas considerables, ademas de la dificultad en la respiracion, se esperimenta en la cabeza y en todo el cuerpo un inmenso malestar, acompañado las mas veces de hemorragia en la nariz, y otros síntomas bastante alarmantes; creciendo esto y haciéndose menos soportable, á medida que se aumenta en altura. * Tal con-

(*) Hecha la primera publicacion de Hans Pfaall, he sabido que M. Green, célebre aereonauta del globo *Le Nassau*, y otros no menos célebres, se hallan en contradiccion por lo que ha-

sideracion no dejaba de ser un tanto pavorosa, porque ¿no seria muy probable que aquellos síntomas creciesen en intensidad, hasta terminar con la muerte misma? Despues de un maduro exámen me pareció que no debia suceder así. Solo cabe atribuir tal fenómeno, á la desaparicion progresiva de la presion atmosférica, á la cual está la superficie de nuestro cuerpo acostumbrada, y á la distension inevitable de los vasos sanguíneos superficiales; pero de modo alguno es de creer una desorganizacion positiva del sistema animal, como la dificultad en respirar, porque la densidad atmosférica sea químicamente insuficiente para la renovacion regu-

ce á este hecho, con las aseveraciones de M. de Humboldt; y mas bien por el contrario, dicen existe una incomodidad siempre *decreciente*, lo cual está acorde en un todo con la teoria presentada en este lugar.=E. A. P.

lar de la sangre en un ventrículo del corazon. Escepto solo en el caso de que faltara esta renovacion, no podia yo hallar causa ni razon bastante, para que la vida dejara de conservarse en el vacío; porque la espansion y compresion del pecho, que se llama ordinariamente respiracion, es una accion puramente muscular, siendo por tanto la causa y no el efecto de la respiracion. En una palabra, comprendí que el cuerpo, acostumbrándose á la falta de presion atmosférica, tendria una disminucion gradual en las sensaciones dolorosas; y para soportarlas el tiempo que pudieran durar, confiaba yo en mi vigorosa constitucion.

Dejo ya espuestas algunas consideraciones, aunque no todas por cierto, de las que me indujeron á formar un proyecto de viaje á la luna, y ahora voy, con permiso de Vuecencias, á manifestarles el resultado

de una tentativa, cuya concepcion parece tan audaz y que seguramente no tiene igual en los anales de la humanidad.

Llegado á la altura que dije ya de tres millas y tres cuartos, arrojé fuera de la barquilla un puñado de plumas, y ví que el ascenso continuaba con suficiente rapidéz, no siendo necesario arrojar lastre. Quedé muy satisfecho de que así sucediese, porque deseaba conservar todo el que me fuese posible, por la sencilla razon de que no tenia dato alguno cierto respecto á la fuerza de atraccion y á la densidad atmosférica de la luna. Ninguna molestia física sentia, respiraba con perfecta libertad, y ningun dolor esperimentaba en la cabeza. La gata, tendida solemnemente encima de la levita que me habia quitado, miraba á los pichones con cierto aire de indiferencia, y estos últimos, que até por una pata para que no pudiesen

volar, se entretenian en picotear los granos de arroz que para ellos eché en el fondo de la barquilla.

A las seis y veinte minutos me daba el barómetro una elevacion de 26.400 piés, ó cinco millas, con diferencia de una fraccion; la perspectiva carecia al parecer de límites, y sin embargo es bien fácil, con el auxilio de la trigonometría esférica, calcular la estension de la superficie terrestre que abarcaba mi vista. La superficie convexa de un segmento esférico, es á la superficie total de la esfera, como el seno verso del segmento es al diámetro de la esfera. En el caso actual, el seno verso, es decir, el espesor del segmento situado por bajo de mi globo, puede tomarse con muy escasa diferencia por igual á la elevacion que yo tenia, ó que tenia sobre la superficie terrestre el punto de vista. La relacion entre cinco millas y ocho mil mi-

llas *, será la misma existente entre la superficie abarcada por mi vista y la total; de manera que yo debia percibir la mil seiscientosava parte de la superficie total de la tierra.

A pesar de que con el telescopio observé que la mar se hallaba agitada de un modo violento, á la simple vista parecia tersa como un espejo, y no se veia el navío que sin duda se habia separado al este. Comencé entonces á sentir por intérvalos, y singularmente en los oidos, un dolor fuerte de cabeza, pero no por eso dejaba de respirar casi con perfecta libertad; en cuanto á la gata y los pichones, no daban muestras de sufrir incomodidad ni molestia alguna.

A las siete menos veinte minutos, el globo entró en la region ocupada por una nube

* Estension del diámetro de la tierra.

grande y espesa, circunstancia que me fastidió mucho, dañando algun tanto el aparato condensador y dejándome calado hasta los huesos. Hallé estraordinario semejante encuentro, porque nunca creí que una nube de tal naturaleza pudiera sostenerse á tanta elevacion. Consideré acertado arrojar dos pedazos de lastre de cinco libras cada uno, quedándome así con ciento sesenta y cinco libras todavía; y gracias á esta operacion atravesé rápidamente el obstáculo, observando inmediatamente que habia ganado en velocidad de una manera prodigiosa. Pocos segundos despues de salir de la nube, un deslumbrador relámpago la cruzó de uno á otro estremo incendiándola totalmente, dándola todo el aspecto de una masa de carbon encendido. Hay que acordarse de que esto tenia lugar en medio del dia, y nada contemplo capaz de dar una idea de la sublimidad

que presentaria semejante fenómeno en medio de las tinieblas de la noche, retratando al vivo, por decirlo así, el infierno mismo; pues que como yo lo ví, bastó el espectáculo para erizarme los cabellos. En tanto que sondaba con la vista los abismos, dejaba á la imaginacion engolfarse y correr hácia espacios cubiertos de inmensísimas bóvedas, cavernas y profundas simas, siniestras y enrojecidas por un fuego espantoso y sin fin. Acababa de escapar de una buena; porque si el globo permanece un minuto mas en la nube, es decir, si la incomodidad que sentí no engendra mi resolucion de arrojar lastre, mi destruccion hubiese sido probablemente la consecuencia inmediata; y aunque peligros semejantes apenas se tienen en cuenta ordinariamente, son sin embargo los mayores que pueden correrse en un globo. La altura á que el mio llegó entretanto, era ya sufi-

ciente para quitarme cualquier temor de que el hecho se repitiese.

Seguia subiendo con mucha rapidez, y el barómetro me indicaba estar á una altura de nueve millas y media. Empecé á tener mucha dificultad para respirar; la cabeza me hacia sufrir tambien mucho, y como sintiese hacia un rato humedad en las megillas, descubrí que era sangre que me salia de los tímpanos por las orejas: los ojos tambien me producian no poca inquietud, pues al pasar por ellos la mano sentí que los tenia muy abultados y como propendiendo á salir de sus órbitas, presentándoseme todos los objetos contenidos en la barquilla y el globo mismo, bajo formas monstruosas y falsas. Estos síntomas escedian á los que yo esperaba, y me alarmaron algo. En tal situacion cometí sin reflexion la imprudencia de arrojar fuera de la barquilla tres pedazos de lastre de cinco

libras cada uno, y esto aceleró tanto la velocidad de ascension, que con una rapidéz escesiva, llegué sin la necesaria graduacion á una capa atmosférica tan rarefacta, que faltó poco para que mi espedicion y mi persona tuvieran un desastroso fin. Acometido por un espasmo que me duró mas de cinco minutos, y aun despues que cesó en parte, me encontré con que no podia respirar sino con intérvalos muy largos y de una manera convulsiva, sangrando todo este tiempo copiosamente por narices, orejas y hasta ligeramente por los ojos. Los pichones al parecer sufrian una angustia violenta y pugnaban por escaparse, en tanto que la gata mayaba lastimeramente dando traspiés de una á otra parte de la barquilla, como pudiera hacerlo un animal que hubiese tomado un veneno.

Entonces ví demasiado tarde lo enorme de la imprudencia que cometí arrojando el

lastre, y por demas aturdido, aguardaba únicamente la muerte, y la muerte en unos cuantos minutos; pues el sufrimiento físico que esperimentaba, contribuia asimismo á aumentar mi incapacidad de tentar un esfuerzo cualquiera que me salvase la vida. Apenas me quedaba ya la facultad de reflexionar, y la violencia del dolor de cabeza parecia acrecentarse por instantes: comprendí entonces que iba á perder todos los sentidos, y tenia ya cojida una de las cuerdas de la válvula, cuando recordé la pasada que acababa de hacer á mis tres acreedores, y el temor de las consecuencias que esto pudiera acarrearme volviendo, me espantó y detuvo por el pronto. Echado en el fondo de la barquilla hice un esfuerzo para reunir mis ideas, y despues que lo conseguí algun tanto, quise ensayar hacerme una sangría.

Como carecia de lanceta, tuve que va-

lerme para esta operacion de un corta-plumas, con el cual llegué como pude á abrirme una vena del brazo izquierdo. No bien comenzó á correr la sangre, esperimenté un notable alivio y cuando ya salió la que cabria en media jofaina de regular tamaño, casi habian desaparecido los síntomas que mas me alarmaron. Sin embargo, no creí prudente por el momento intentar ponerme de pié, sino que vendando el brazo lo mejor que pude, permanecí sin moverme cerca de un cuarto de hora. Al cabo de este tiempo me levanté sintiéndome mas libre y despejado de toda clase de molestia, que lo habia estado en los cinco cuartos de hora precedentes. Sin embargo, disminuyó muy poco la dificultad que tenia para respirar y calculé que pronto tendria necesidad de usar del condensador. A este tiempo miré á la gata, que se habia vuelto á instalar có-

modamente sobre mi levita y con sorpresa vi que mientras mi indisposicion, habia creido conveniente dar á luz una camada de cinco gatillos. Aunque de ninguna manera podia yo preveer este aumento de viajeros, me alegré del suceso, porque me ofrecia una ocasion de cerciorarme de una conjetura que mas que todas influyó en mi ánimo para decidirme á intentar la ascension.

Pensaba yo, que la *costumbre* de la presion atmosférica en la superficie terrestre, entraba por mucho como causa de los sufrimientos que esperimenta la vida animal á cierta distancia por cima de dicha superficie; de modo, que si los gatillos llegaban á sufrir malestar *en grado igual que su madre*, deberia contemplar errónea mi teoría, si y se verificaba lo contrario, seria un apoyo escelente para confirmarla.

A las ocho llegué á una altura de diez y siete millas, así que tuve la evidencia de que no solo crecia la velocidad ascencional, sino que semejante crecimiento hubiera sido apreciable aunque ligeramente hasta en el caso de no haber arrojado lastre como lo hice. Los dolores de cabeza y de oidos me asaltaban por intérvalos con violencia, y á ratos tambien seguia arrojando sangre por las narices, sin embargo de que en definitiva sufria mucho menos de lo que pensaba haber sufrido. Con todo, la respiracion se me hacia mas dificultosa por minutos y cada inhalacion iba acompañada de un movimiento espasmódico del pecho fatigosísimo. Entonces estendí el aparato condensador á fin de ponerlo á funcionar inmediatamente.

El aspecto de la tierra en este período de mi ascension era magnífico en verdad:

hasta donde alcanzaba mi vista por el oeste, norte y sur, se estendia una sábana ilimitada de mar al parecer inmóvil, que de segundo en segundo tomaba una tinta azul mas y mas fuerte. A una gran distancia al este, percibíanse las islas británicas, las costas occidentales de Francia y España y una corta estension de la parte septentrional del continente africano. No era dable percibir rastro ni indicio de las construcciones y las ciudades mas soberbias y orgullosas de la humanidad, que aparecian borradas por completo de la haz de la tierra..

Una de las cosas que me admiraron mas particularmente entre las que tenia debajo, fué la aparente concavidad de la superficie del globo, pues neciamente creí que su convexidad real seria mas apreciable y se mostraria mas distintamente á proporcion que me elevara; pero me bastaron

algunos momentos de reflexion para esplicarme aquella contradiccion. La parte de la vertical que pasaba por mí, comprendida entre el globo y la tierra, ó la altura de aquel sobre esta, formaba el cateto ó lado menor de un triángulo rectángulo, del cual el otro cateto era la horizontal, siendo la hipotenusa mi visual al límite del horizonte; y como la elevacion mia era una cantidad despreciable ó muy corta, comparada con la estension abarcada por mi vista; ó en otros términos, como la base y la hipotenusa del triángulo supuesto, eran tan estensas comparadas con la altura, se podrian mirar ó considerar como paralelas. Por tal motivo, el horizonte del aereonauta aparece siempre como de nivel con su barquilla, y como el punto de la tierra situado inmediatamente debajo del globo lo vé y se halla á una distancia muy grande; aparentemente lo en-

cuentra el observador como si tambien se hallara á una inmensa distancia por debajo del horizonte. Resultado de esto es la impresion de concavidad, que no cesará hasta tanto que la altura se halle respecto á la estension de la perspectiva, en una relacion tal que el paralelismo aparente entre la base y la hipotenusa desaparezca.

Pareciéndome que los pichones sufrian horriblemente, traté de ponerlos en libertad, y con este fin desaté uno, que era un soberbio palomo manchado de melocoton y lo coloqué en el borde de la barquilla. Mostrose allí desazonado y muy inquieto, aleteaba mirando azorado alrededor, y daba arrullos muy violentamente acentuados, sin determinarse á volar fuera de la barquilla. Al cabo lo cojí y arrojé á seis ó siete yardas del globo, pero en vez de descender como yo pensaba, se esforzó cuanto pudo para

volver, arrojando al mismo tiempo agudos y penetrantes chillidos, consiguiendo al fin recobrar su primitiva posicion en el borde de la cesta; mas no bien logró hacerlo, inclinó la cabeza sobre el pecho y cayó muerto en el fondo de la barquilla. No fué tan triste la suerte del otro, porque para estorbarle siguiese el ejemplo de su compañero volviendo al globo, lo precipité hácia la tierra con toda mi fuerza, y observé con placer continuaba bajando velocísimamente, empleando para ello las alas de un modo completamente natural. En muy poco tiempo lo perdí de vista y no dudo haya llegado á puerto seguro. La gata que parecia repuesta casi totalmente de su crísis, celebraba un festin con el pichon difunto, quedándose despues de terminarlo, dormida y con muestras de completo contentamiento y satisfaccion: en cuanto á los gatillos, con

perfecta vitalidad, no manifestaban el indicio mas leve de molestia.

A las ocho y cuarto, no siéndome posible ya respirar sin un dolor intolerable, principié á colocar alrededor de la barquilla el aparato anejo al condensador; aparato que necesita algunas esplicaciones. Espero que Vuecencias no hayan olvidado el objeto que me propuse y que era en primer lugar encerrar completamente la barquilla con mi persona, cortando así tóda comunicion con la atmósfera estremadamente rara, en cuyo seno estaba, para introducir luego dentro, merced al condensador, una cantidad de aire, propio para ser respirable.

Con este objeto llevaba ya arreglado un saco muy grande de caoutchouc, flexible, fuerte y completamente impermeable. La barquilla entera quedaba hasta cierto punto colocada en el saco, cuyas dimensiones cal-

culé á este propósito, porque pasando por debajo del fondo de la canasta, estendíase por los bordes, y subia esteriormente apoyándose en las cuerdas hasta el aro ó cerco en que se hallaba sujeta la red. Estendido ya el saco, y cerradas herméticamente las uniones laterales, restábame sujetar la parte superior ó boca, pasando la tela de caoutchouc por encima del aro, ó en otros términos, entre el aro y la red; pero si separaba la red del aro para verificar la operacion, ¿cómo se podria sostener la barquilla? La red no se hallaba sujeta al aro de una manera fija y permanente, sino que la union tenia lugar por medio de una série de bridas móviles ó nudos corredizos, y estos los iba yo deshaciendo y anudando alternativamente, sin dejar nunca muchos sueltos á la vez, para que la barquilla pudiera estar en suspension con los demas. De este modo

hice pasar cuanto pude de la parte superior del saco, volví á sujetar las bridas (no al aro, porque lo estorbaba absolutamente la funda de caoutchouc), sino á una série de botones gruesos, cosidos en la misma funda, tres piés por baje de la boca del saco y en los intérvalos correspondientes á los que tenian las bridas. Hecho esto, separé del aro otras bridas, introduje una porcion nueva de la funda, y las bridas separadas las sujeté á sus respectivos botones, de suerte que con este procedimiento, pude hacer pasar toda la parte superior del saco entre la red y el aro.

Cuando todo el peso de la barquilla y su contenido estuviesen sustentados únicamente por la fuerza de los botones, es indudable que el aro debia caer en la barquilla; y aunque á primera vista este sistema pareciese no presentaba garantías bastantes de resis-

tencia, las tenia mas que suficientes, en razon á que ademas de ser muy fuertes los botones, se hallaban tan cerca uno de otro, que cada cual solo sustentaba realmente una parte muy ligera y pequeña del peso total; de manera que aun teniendo la barquilla y su contenido un peso triplo, ningun temor me habria asaltado. Despues de la operacion referida, levanté el aro y lo coloqué dentro de la funda de caoutchouc en tres varas ó jalones ligeros que ya tenia preparados para este fin. Esto tenia por objeto mantener el saco bien estirado por la parte superior y lograr que la inferior de la red tomara la posicion apetecida. Solo me restaba anudar la boca del saco, y esto lo conseguí juntando los pliegues del caoutchouc, que retorcí apretándolos con una especie de torniquete de mano.

En los costados de la funda estendida de este modo alrededor de la barquilla, habia

colocado tres aberturas con cristales redondos muy gruesos y claros, á través de los que podia ver fácilmente en derredor mio y en todas las direcciones horizontales. En el fondo del saco habia practicado una abertura semejante, que correspondia á otra hecha en el piso de la misma barquilla, dejándome dirigir así la vista por debajo en la direccion de la vertical. No me fué posible acomodar una invencion del propio género en la parte superior, á causa del medio particular que me ví precisado á emplear para cerrar la boca del saco llena de pliegues, de modo que hube de renunciar á ver los objetos en mi cenit. No dí á esto gran importancia, porque aun suponiendo que hubiese podido colocar una ventana en la parte superior, de nada me hubiera servido, en razon á que el globo me hubiera impedido estender la vista por ella.

Un pié, poco mas ó menos, por debajo de una de las ventanas laterales, habia una abertura circular de tres pulgadas de diámetro, con un reborde de cobre construido de manera, que pudiera interiormente adaptársele la hélice de un tornillo. En este reborde se atornillaba el tubo del condensador, que naturalmente se hallaba dentro de la cámara de caoutchouc. Hecho el vacío en el cuerpo de la máquina, el tubo aspiraba ó atraia una masa de la atmósfera rarefacta ambiente, y la derramaba condensada y mezclada al aire ligero contenido en la cámara. Repetida muchas veces esta operacion, llenábase la cámara de una atmósfera propia para ser respirable; pero siendo el espacio tan estrecho, esta atmósfera debia de viciarse al poco tiempo por el contacto repetido con los pulmones, perjudicando la vitalidad; por lo tanto, érame necesario entonces darla salida por una

válvula pequeña colocada en el suelo de la barquilla, y por la cual se precipitaba con rapidez el aire denso en la atmósfera ambiente mucho mas rara. A fin de evitar que en un momento dado tuviese lugar en la cámara un vacío completo, nunca debia verificarse la ya esplicada purificacion de una sola vez, sino gradualmente; de manera que permaneciendo la válvula abierta unos cuantos segundos, se cerraba inmediatamente, hasta tanto que uno ó dos golpes de la bomba del condensador, engendrasen la cantidad de aire que habia de reemplazar al que acababa de ser desalojado. Con mi aficion á hacer esperiencias, colgué la gata y sus hijuelos en una cesta pequeña por la parte esterior de la barquilla, atando la cesta á un boton inmediato al fondo y próximo á la válvula, por la cual podia cuando era necesario darles alimento.

Verifiqué esta maniobra antes de cerrar la abertura de la cámara, no sin cierta dificultad, porque hube menester para alcanzar á la parte de debajo de la barquilla, valerme de una de las varas ó jalones de que antes hablé y que tenia un gancho á la punta. No bien penetró en la cámara el aire condensado, dejaron de ser útiles el aro y las varas, porque la espansion de la atmósfera introducida, estiró grandemente el caoutchouc.

Cuando terminé estos arreglos y acabé de llenar la cámara de aire condensado, eran las nueve menos diez minutos. Mientras hice todas estas operaciones padecí horriblemente con la dificultad de respirar, arrepintiéndome con amargura del descuido, ó por mejor decir, de la increible imprudencia que habia cometido dejando para tan tarde, asunto tan primordial é importante.

Así que concluí, comencé á disfrutar de las ventajas de mi invencion, porque me hallé con que respiraba con libertad y desembarazo completo, como no podia menos de suceder. Sorprendiome tambien agradablemente verme casi exento de los agudos dolores que me aquejaban hasta entonces, pues únicamente me quedó un leve dolor de cabeza, con una sensacion de plenitud ó distension en las muñecas, tobillos y garganta. En vista de esto, era ya indudable que la mayor parte del malestar originado por la carencia de presion atmosférica se habia disipado, y que casi todos los dolores que esperimenté en las dos horas precedentes, eran efecto no mas que de la dificultad en respirar.

A las nueve menos veinte (es decir, poco antes de cerrar la abertura de la cámara), el mercurio habia llegado al límite

estremo, cayendo todo en la cubeta del barómetro, que ya he dicho tenia grandes dimensiones. Esto mostraba que mi altura era de 132.000 piés ó de 25 millas, y por consiguiente la parte de superficie terrestre que podia abarcar con la vista, no bajaba de un *trescientos veinteavo* de la total. A las nueve perdí nuevamente de vista la tierra por el este, pero ya antes observé que el globo deribaba ó se apartaba con velocidad hácia el nor-nor-oeste; seguia siempre pareciéndome cóncavo el Océano, y solo me robaban su vista algunas masas de nubes interpuestas á trechos.

A las nueve y media volví á hacer la esperiencia de las plumas y arrojé un puñado por la válvula. No oscilaron tambaleándose como yo esperaba, sino que cayeron verticalmente, reunidas como una bala y con tal velocidad, que las perdí de vista en

muy pocos segundos. Por de pronto no supe á qué atribuir semajante fenómeno, pues hallaba muy difícil que mi velocidad de ascension se hubiera acelerado de modo tan prodigioso y repentino; pero no tardé en reflexionar, que en una atmósfera tan dilatada y ligera como la qué me rodeaba, las plumas no podian sostenerse y bajaban realmente con gran rapidez, tal cual á mí me pareció lo hacian; por manera que la causa de mi sorpresa, la produjo únicamente ver sumadas las velocidades de su caida y mi ascenso.

A las diez no tenia ya cosa alguna de importancia que hacer, ni que reclámase mi inmediata atencion, por manera que podia muy bien decir que mi negocio caminaba viento en popa: ademas estaba persuadido de que el globo ganaba en altura con velocidad siempre creciente, sin embargo de que

carecia de medios para apreciarlo ó medirlo. Nada me incomodaba ni molestaba, gozando de un bienestar que no habia esperimentado desde que salí de Rotterdam; empleaba el tiempo en arreglar y verificar los instrumentos, y otros ratos en renovar la atmósfera de la cámara, cuya última operacion determiné ocuparme de ella con intérvalos iguales de cuarenta minutos, mas bien por garantir completamente mi salud, que por tener una absoluta precision de hacerlo. Mientras esto tenia lugar, me entregaba involuntariamente á diversas conjeturas y proyectos, corriendo mi imaginacion por las estrañas y quiméricas regiones de la luna. Completamente libre el pensamiento de toda traba, vagaba á su albedrío entre las maravillas multiformes de un planeta tenebroso y variable; ya contemplaba venerables y seculares bosques, rocallosos precipicios y

atronadoras cascadas, derrumbándose en abismos sin fondo; ya me encontraba súbito en tranquila soledad bañada por un sol ardiente, sin que soplara la ráfaga de aire mas leve, distinguiéndose hasta donde la vista alcanzaba, inmensos prados cubiertos de amapolas y esbeltas flores semejantes á la azucena, envuelto todo en el silencio y la inmovilidad; y luego tras mucho andar y andar, llegaba á una region completamente ocupada por una laguna tenebrosa y vaga, envuelta por todas partes de nubes. Estas imágenes no eran las únicas que tomaban posesion de mi cerebro; porque en otras ocasiones, los pensamientos que me dominaban eran de una naturaleza tan espantosa y aterradora, que llegaban hasta conmover las últimas fibras de mi espíritu, con la sola hipótesis de su realizacion. A pesar de todo, no dejaba yo mucho tiempo á la imagina-

cion abandonada á tales desvarios, porque comprèndia demasiado, que los peligros verdaderos y materiales del viaje eran sobrado grandes para absorver por completo toda mi atencion.

A las cinco de la tarde, mientras renovaba la atmósfera, estuve observando por la válvula á la gata y sus hijuelos. Pareciome que la madre sufria mucho, y sin titubear creí debia atribuirlo particularmente á la dificultad de respirar; pero en cuanto á los gatillos, produjo un resultado bien sorprendente mi esperimento. Como es natural, esperaba yo que manifestaran alguna sensacion de disgusto ó de malestar aun cuando fuera en menor grado que la madre, y esto hubiese confirmado suficientemente mi teoría respecto á la presion atmosférica; pero por mas que los observé detenida y escrupulosamente, no percibí el síntoma mas leve

de alteracion en su salud, ni la menor señal de malestar. Hecho tan estraño era inesplicable, á menos de ampliar mi teoría, suponiendo que la atmósfera ambiente en estremo rara, podia (contra lo que yo pensé desde un principio) no ser químicamente insuficiente ó impropia para la vitalidad; de manera que una persona nacida en aquel medio tan raro, no sentiria molestia al respirarle, mientras que llevada á respirar en capas atmosféricas mas cercanas á la tierra y por consiguiente mas densas, parecia verosimil sufriese dolores análogos á los esperimentados por mí en aquel dia. Poco despues tuvo lugar un desgraciado incidente, cuyo recuerdo siempre me producirá disgusto, y que consistió en perder mi gata y sus gatillos, dejándome en la imposibilidad de profundizar como deseaba esta cuestion por medio de esperiencias mas repeti-

das. Al pasar la mano por el hueco de la válvula con una taza llena de agua para la gata, enredóseme la manga de la camisa en la hevilla que sujetaba la cesta y repentinamente se soltó, desapareciendo de mi vista de una manera tan abrupta é instantánea, que era imposible escamoteo mas completo, aun suponiendo se hubieran evaporado en el aire la cesta y su contenido. Indudablemente no medió un décimo de segundo, entre soltarse y desaparecer la cesta, gata y gatillos. Quedeme deseándoles un viaje feliz, pero naturalmente pensé que ni la madre ni los hijos podrian sobrevivir para contar su odisea.

A las seis, observé que mucha parte de la superficie visible de la tierra hácia el este, se hallaba sumergida en una sombra oscura que avanzaba sin cesar con gran rapidez, quedando la superficie total envuelta

en las tinieblas de la noche, á las siete menos cinco minutos. Algunos segundos despues dejaron de herir al globo los rayos del sol poniente, y esta circunstancia que ya esperaba yo, no dejó sin embargo de producirme un gran placer. Sin duda alguna por la mañana podria contemplar al cuerpo luminoso cuando se alzara, muchas horas antes de que pudieran hacerlo los ciudadanos de Rotterdam, á pesar de que se encontraban mas al este; de modo que de dia en dia y á medida que creciera mi altura, gozaria de mayores periodos de tiempo de la luz solar. Entonces determiné redactar un diario de mi viaje, contando los dias de veinte y cuatro horas consecutivas, y sin tener en cuenta los intérvalos de oscuridad.

A las diez empecé á sentirme con sueño y traté de acostarme para pasar la noche durmiendo, pero me ocurrió una dificultad,

en que no habia pensado, á pesar de lo palmaria, hasta aquel momento. Si me dormia cual pensé hacerlo, ¿cómo renovar el aire de la cámara? Respirar su atmósfera mas de una hora era completamente imposible, y hacerlo hora y cuarto, tendria indudablemente deplorables consecuencias. Grave inquietud me causó esta cruel alternativa, y no parece creible, que despues de los muchos peligros ya superados, me arredrara yo tanto, que desesperase de realizar mi intento y pensara seriamente en resignarme á la necesidad de descender.

Semejante perplejidad, no fué sin embargo mas que momentánea. Reflexioné que el hombre es el mayor esclavo de la costumbre, y que así, considera como esencialmente importantes para su existencia, mil cosas á las cuales se ha habituado y que no tienen tal importancia, sino porque la rutina

las ha convertido en necesidades. Es cierto que sin dormir no podria yo estarme, pero con facilidad y sin inconveniente podria acostumbrarme á despertar de hora en hora. Bastaban cinco minutos para renovar completamente la atmósfera, así que la única dificultad que tenia que vencer, consistia en inventar un procedimiento para despertarme en el momento requerido, y debo confesar, que me produjo no escasa desazon la solucion de este problema.

Habia yo oido el cuento del estudiante, que para no dormirse mientras queria trabajar, tenia en una mano una bola de cobre que al dormirse se le escapaba de las manos y caia sobre una jofaina del mismo metal, produciendo un estrépito capaz de despertarle; pero mi situacion era muy distinta de la suya, pues no trataba de estarme en vela, sino de despertarme con intérvalos re-

gulares. Imaginé pues el espediente que voy á decir, y cuyo descubrimiento á pesar de ser tan sencillo, produjo en mi ánimo una impresion absoluta y exactamente comparable á la que debieron producir en sus autores, la del telescopio, de la máquina de vapor y de la imprenta misma.

Debe tenerse presente que el globo, á la altura en que estaba, continuaba subiendo con perfecta regularidad, y la barquilla por consiguiente al seguirle, no esperimentaba la mas ligera oscilacion. Esta circunstancia favorecia en estremo el plan que adopté. Tenia embarcada la provision de agua en barriles de cinco gallones cada uno, que se encontraban sujetos sólidamente á las paredes de la barquilla: desaté uno de ellos, y tomando dos cuerdas, las aseguré al reborde de la canasta, de modo que cruzando la barquilla paralelamente y á un pié de dis-

tancia una de otra, formasen una especie de estante, sobre el cual coloqué el barril y lo sujeté, de forma que su eje quedara en una posicion horizontal.

A cosa de unas ocho pulgadas por bajo de estas cuerdas y á cuatro piés por encima del fondo de la barquilla, dispuse otro estante, que hice con una tabla delgada, única de su especie que estuviera en mi poder; y sobre este último estante y exactamente debajo de uno de los bordes del barril, coloqué un cántaro pequeño de barro.

Hice un agujero en el fondo del barril por cima del cántaro y coloqué en él un tarugo de madera de forma cónica, que apretándolo mas ó menos, y al cabo de algunos tanteos, quedó de tal suerte, que solo permitia la salida por el agujero de una cantidad de agua tal, que el cántaro se llenaba hasta rebosar en un espacio de tiempo de

sesenta minutos. Conseguí esto último sin gran trabajo, haciendo observaciones repetidas de la parte de cántaro que se llenaba de agua en un tiempo dado. Despues de lo dicho, no es ya difícil comprender lo demas ni adivinarlo.

Tenia colocada la cama en el fondo de la barquilla, de modo que estando acostado quedaba sobre mi cabeza la boca del cántaro. Indudablemente, al cabo de una hora, completamente lleno el cántaro, rebosaría el agua, cayendo sobre mi rostro desde una altura de cerca de cuatro piés y despertándome instantáneamente, por profundo que fuese el sueño en que me hallara sumido.

Serian lo menos las once cuando concluí estos preparativos y sin perder un momento me acosté, con entera confianza en la eficacia de mi invencion. No fué mi esperanza vana, y de sesenta en sesenta mi-

minutos me despertaba puntualmente el nuevo y fidelísimo cronómetro; me levantaba, vaciaba el contenido del cántaro en el barril, hacia funcionar el condensador y volvia en seguida á acostarme. Menos cansancio me produjeron estas interrupciones regulares de sueño que lo que esperaba yo, y cuando me levanté de la cama definitivamente, eran ya las siete y el sol se hallaba algunos grados por encima de mi horizonte.

3 de Abril.—El globo llegó á una altura inmensa, y la convexidad de la tierra se presentó de un modo muy marcado. Ví debajo en el Occéano una multitud de puntos negros que indudablemente debian ser islas; por encima parecióme que tenia el cielo un color negro azabache, y las estrellas scintilaban perfectamente visibles, fenómeno que observé desde el dia primero de mi as-

cension. Muy lejos y hácia el norte, percibí en el contorno del horizonte una faja ó línea delgada, blanca y muy brillante; que desde luego imaginé habia de ser el límite sur de los hielos, en los mares del polo norte. Sobrescitose mi curiosidad con la esperanza, de que ganando en latitud hácia el norte, llegaria tal vez á colocarme sobre el polo mismo, y deploraba que la grande altura á que se encontraba el globo, no me dejara examinarlo tan bién cómo hubiera yo querido; sin embargo de que aun así, siempre hallaria observaciones notables que hacer.

Nadá estraordinario me ocurrió en este dia; el aparato funcionaba con la mayor regularidad, y el globo continuaba siempre subiendo, sin vacilacion alguna aparente. El frio era intenso y tuve que arroparme bien con un paletot: cuando la tierra quedó envuelta en sombra, me metí en la cama,

por mas que la luz debia para mí continuar todavia por muchas horas: el relój hidraúlico cumplió fielmente su cometido, y salvo las interrupciones periódicas, dormí muy bien hasta la mañana siguiente.

4 de Abril.—Me he levantado con buena salud y mejor humor, y he admirado mucho lo singular del cambio que observo en el color del mar, que ya no es como antes azul oscuro, sino blanco plomizo tan brillante, que hiere la vista y me deslumbra. La convexidad del Occéano es tan evidente y manifiesta, que toda la masa de agua cercana al contorno de la tierra, aparece como precipitándose en los abismos del horizonte, causándome tal ilusion, que involuntariamente he suspendido mi atencion para escuchar los ecos que la inmensa catarata debiera producir.

No he visto las islas, tal vez por que han

pasado al otro lado de mi horizonte por el sud-este, ó tal vez porque mi grande elevacion las pone ya fuera del alcance de la vista, aunque mas bien creo lo último. El frio ha cedido mucho. Nada me ha ocurrido importante, y como tuve la prevision de traer bastantes libros conmigo, he pasado el dia entero leyendo.

5 de Abril.—He contemplado el singular fenómeno de ver salir el sol mientras que toda la parte visible de la tierra se hallaba envuelta en las tinieblas de la noche. Poco mas tarde comenzó la luz á bañar todos los objetos y volví á ver la línea de hielos en el norte, con la diferencia de que se me presentó con mas claridad y teniendo un tinte más oscuro que las aguas del Occéano. Indudablemente me acerco con mucha rapidez. Creo distinguir aun una faja de tierra hácia el este y otra hácia el oeste, pero no

me es posible asegurarlo. Dulce temperatura. Nada notable me ha sucedido en todo el dia, y aunque es temprano voy á meterme en la cama.

6 *de Abril.*—Sorprendido he quedado al ver la faja de hielos, á una distancia no muy grande, sin que todo el horizonte por el norte sea otra cosa que un vastísimo espacio helado. A no dudarlo, continuando el globo en la direccion que lleva, pronto debe llegar á colocarse sobre el occéano boreal y se acrecienta mi esperanza de ver el polo. Todo el dia seguí acercándome á los hielos.

Al anochecer he visto de un modo casi repentino y muy sensible crecer la estension del horizonte, lo cual no puede ser efecto de otra cosa, sino de que como la forma de nuestro planeta, es una esfera aplastada por los polos, mi globo se acercaba cada vez mas al cenit del achatamiento que ocupa el

círculo ártico en su mayor parte. Mas tarde, y ya envuelto en las tinieblas de la noche, me acosté con gran ansiedad, temiendo pasar por encima del polo, objeto que tanto escita la curiosidad, sin poder observarle bien.

7 *de Abril.*—Me levanté temprano, y con gran satisfaccion ví lo que sin titubear consideré que era el mismo polo norte. Allí estaba indudablemente bajo mis piés; pero por desgracia la elevacion del globo era tanta, que no podia distinguir cosa alguna con exactitud. Haciendo un cálculo deducido de la progresion seguida por las cifras que representaban las alturas ocupadas por el globo en diferentes tiempos, tomados desde el 2 de Abril á las seis de la mañana, hasta las nueve menos veinte minutos de la misma, (momento de caida del mercurio en la cubeta del barómetro); haciendo digo, este

cálculo, era consiguiente que el globo tenia en aquel instante (cuatro de la mañana del 7 de Abril), una altura de 7.254 millas lo menos sobre el nivel del mar. Tal vez parezca enorme semejante elevacion, pero la estima en que se funda, debe mas bien dar probablemente un resultado inferior con mucho á la verdad. De todos modos se mostraba á mis ojos indudablemente la totalidad del diámetro máximo terrestre: veia el hemisferio norte como representado en un mapa y en proyeccion ortográfica, y el círculo máximo ecuatorial, casi coincidia con el que formaba mi horizonte. Es bien claro que Vuecencias concebirán sin dificultad, que unas regiones no esploradas hasta hoy, y que se hallan dentro del círculo polar ártico, por mas que las tuviese á mis plantas, y por consecuencia visiblos sin escorzo alguno, érame imposible examinarlas detalladamente

por lo disminuidas que se hallaban en tamaño y por lo escesivamente lejano que se encontraba el punto de observacion.

A pesar de esto, lo que á mis ojos se presentaba era de naturaleza bien singular é interesante. Al norte de la orla inmensa que ya dije antes y que puede definirse, salvo ligeras restricciones, llamándola límite de las esploraciones humanas en aquellas regiones, se estiende sin interrupcion, ó casi sin interrupcion, una sábana de hielo. A la inmediacion de su contorno ó frontera, la superficie de este mar pierde sensiblemente su curvatura; mas lejos, llega á deprimirse hasta parecer plana, y finalmente degenera en cóncava, terminando en el mismo polo, en una cavidad circular, de bordes muy marcados, cuyo diámetro aparente tenia desde el globo unos 65 segundos. El color de este espacio era variablemente oscuro, siempre en mayor

grado que ningun otro punto del hemisferio visible, convirtiéndose algunas veces en negro completo. Nada mas era posible percibir que lo que ya he mencionado. A las doce del dia se hallaba mui reducida la circunferencia del hueco central, y á las siete de la tarde la perdí completamente de vista; el globo caminaba hácia el límite oeste de los hielos y marchaba velozmente dirigiéndose hácia el ecuador.

8 *de Abril.*—Observé una disminucion sensible en el diámetro aparente de la tierra y una alteracion real en su color y aspecto general. Toda la superficie visible, tenia en diferentes grados un tinte amarillo claro, que en algunos sitios brillaba de tal manera que ofendia los ojos. La vista no podia sin gran trabajo, por la densidad de la atmósfera, descubrir el planeta sino de tiempo en tiempo y á través de las masas de nubes que

ocultaban las inmediaciones de la superficie. En las cuarenta y ocho últimas horas robábanme la vista mas ó menos estos obstáculos; pero luego la elevacion escesiva, aproximaba y confundia aquellas masas flotantes de vapor, haciendo el estorbo mas y mas sensible á medida que crecia la altura. No obstante, podia distinguir con facilidad que el globo se hallaba sobre el grupo de los estensos lagos del Norte-América, y que corria directamente hácia el sur, aproximándome á los trópicos cada vez mas.

Mucho celebré esta circunstancia, que pude mirar como un augurio feliz del buen éxito de mi empresa. Realmente estaba inquieto por la direccion que hasta entonces habia llevado, pues era evidente que siguiéndola mucho tiempo, jamas habria podido llegar á la luna, cuya órbita solo forma un ángulo de 5 grados, 8 minutos, 48 se-

gundos con la eclíptica. Por mas raro que parezca, debo decir, que solo en aquel momento ya tardío, principié á comprender el error inmenso en que incurrí con no verificar mi ascension partiendo de un punto de la tierra colocado en el plano de la órbita lunar.

9 *de Abril.*—Ha disminuido muy notablemente el diámetro de la tierra y la superficie vá tomando por horas un tinte amarillo mas y mas pronunciado. El globo sin cesar de correr directamente al sur, ha llegado á las nueve del dia astronómico [1] á colocarse sobre la costa norte del golfo de Méjico.

10 *de Abril.*—Serian las cinco de la mañana, cuando me ha despertado repentinamente un gran ruido, un terrible crujido, cuya causa no he podido adivinar. Duró

[1] Nueve de la noche.

poco, pero estoy cierto sin embargo, de que no tenia semejanza alguna con ningun ruido terrestre, cuya sensacion recordase. Escuso decir lo mucho que me alarmó, porque mi primera suposicion fué la de que el globo se habia desgarrado: examiné con suma atencion todo el aparato, y sin embargo, no pude encontrar ninguna averia. Pasé casi todo el dia meditando sobre tan extraordinario acontecimiento, sin poder dar con una esplicacion satisfactoria, y me acosté muy disgustado con gran agitacion y no poca ansiedad,

11 *de Abril.*—He hallado decrecimiento sensible en el diámetro aparente de de la tierra; en el de la luna (á la que faltan pocos dias para llegar al plenilunio) encontré un aumento considerable, circunstancia que por primera vez observé. Con mucho trabajo y tiempo hice la operacion

de condensar aire atmosférico suficiente para sostener la vida.

12 *de Abril.*—La direccion en que marchaba el globo, ha cambiado de un modo notable y á pesar de que así suponia sucediese, me ha causado mucho placer. Sin apartarse de su direccion primitiva, llegó hasta el paralelo veinte de latitud sur, cambió súbitamente el rumbo al este, formando un ángulo agudo con el rumbo anterior y se ha mantenido todo el dia, con corta diferencia, por no decir completamente, dentro del plano mismo de la órbita lunar. Debo advertir una circunstancia muy reparable, que produjo el referido cambio de direccion, pues originó una oscilacion muy marcada en la barquilla, que duró muchas horas de un modo mas ó menos violento.

13 *de Abril.*—He tenido un susto nuevo al sentir otra vez el ruido formidable que

tanto me aterró el dia 10, pero por mas que he discurrido y meditado, no he podido hallar una razon que me satisfaga respecto á la causa. Gran decrecimiento en el diámetro aparente de la tierra que solo medía desde el globo un ángulo de poco mas de 25 grados: no he podido ver la luna que se halla casi en mi cenit; sigo caminando dentro del plano de su órbita y avanzo muy poco hácia el este.

14 *de Abril.*—Disminucion escesivamente rápida del diámetro terrestre. No he dejado de pensar todo el dia en que la ruta del globo era la del perigeo por la línea misma de los ápsides,—ó en otros términos diré,—que se me figura lleva el camino que de la tierra conduce mas directamente á la luna, cuando esta ocupa en su órbita el punto de la elipse mas cercano á la tierra. La luna sigue á mis ojos oculta, porque se

halla sobre mi globo enteramente. Me cuesta gran trabajo y mucho tiempo la operacion indispensable de condensar el aire de la atmósfera.

15 *de Abril.*—Ya no me es posible distinguir siquiera sobre el planeta los contornos de continentes y mares: sobre las doce del dia he sentido por tercera vez el mismo ruido espantoso que tanto me sorprendió; ha durado algunos instantes y ha sido mucho mas fuerte. Despues de algun tiempo, estupefacto y aterrorizado, esperando lleno de anhelo y ansiedad mi destruccion de un modo espantoso y desconocido; ha oscilado la barquilla con extraordinaria violencia, y una masa de materia que me faltó tiempo para distinguir, pasó por un lado del globo, gigantesca, inflamada, atronadora y rugiente como la voz de mil truenos juntos. Cuando me repuse del terror y admiracion,

reflexioné naturalmente que debia ser algun enorme fracmento volcánico, vomitado por la luna, á la cual con tanta rapidez me iba acercando y probablemente un trozo de las mismas sustancias singulares, que en algunas ocasiones se encuentran en la tierra, llamadas aerolitos, á falta de apelativo mas exacto.

16 *de Abril.*—Mirando hoy alternativamente por las ventanas laterales y hácia la parte superior del modo único que podia hacerlo, percibí con gran satisfaccion y alegría, una pequeñísima porcion del disco lunar, que rebasaba por decirlo así, fuera ó alrededor de la estensa circunferencia del contorno del globo. Esto me conmovió extraordinariamente, porque desvanecia cuantas dudas pudiera tener de alcanzar el término de viaje tan peligroso.

Acrecentado hasta hacerse casi contínuo

el trabajo necesario para condensar el aire, apenas me daba treguas; no podia ya entregarme al sueño, sentíame verdaderamente enfermo y estaba trémulo de desfallecimiento, resistiéndose la naturaleza humana á soportar por mas espacio un padecimiento de semejante intensidad. En el cortísimo período que yo tenia ya de tinieblas, cruzó muy inmediata al globo otra piedra meteórica, produciéndome una inquietud bastante séria lo frecuente de tales fenómenos

17 *de Abril*.—La mañana de este dia ha hecho época en mi viaje. Recuérdese que el dia 13 subtendia la tierra para mí un ángulo de 25 grados; que disminuyó mucho este ángulo el día 14; que el 15 observé una disminucion mas rápida todavia, y que el 16 antes de acostarme, calculé que dicho ángulo no pasaba de 7 grados y 15

minutos. No es posible formar idea de lo estupefacto que yo quedaría, cuando al despertar en la mañana de este dia 17 despues de un sueño corto y agitado, ví que la superficie planetaria que tenia debajo, habia *aumentado* súbita y espantosamente de volúmen, subtendiendo su diámetro aparente un ángulo que no bajaba de 39 grados. Quedeme aterrado, y no es dable hallar palabras que indiquen siquiera el horrible é inmenso estupor de que fuí presa: temblaron faltándome las rodillas, castañeteáronme los dientes, y se me herizó el cabello. ¡Se ha reventado el globo!... Esta fué la primera idea que me acudió á las mientes: se ha roto indudablemente y me precipito con la velocidad mayor y con la impetuosidad mas furiosa que es posible imaginar. Si he de juzgar por el espacio inmenso que he recorrido ya tan rápidamente, debo llegar á

la superficie de la tierra antes de diez minutos. ¡Dentro de diez minutos estaré aniquilado, deshecho!...

Al cabo la reflexion vino en mi ayuda; hice una pausa, medité y comencé á dudar. Era imposible descenso tan violento y rápido, y ademas, aunque evidentemente me acercaba á la superficie que tenia debajo; mi velocidad real, no era ni con mucho la espantosa que en el primer momento imaginé.

Estas consideraciones sirvieron de eficaz calmante á la perturbacion de mis ideas, y al cabo pude mirar el fenómeno bajo su verdadero punto de vista. Si el espanto no me hubiera embargado los sentidos trastornando sus apreciaciones, no era posible hubiese dejado de reparar la inmensa diferencia que habia entre el aspecto de la superficie que se hallaba á mis piés y el de mi

planeta natal. Este se encontraba encima de mi cabeza completamente oculto por el globo, mientras que la luna,—la luna misma en todo su esplendor,—se mostraba bajo mis plantas.

La sorpresa y estupor que produjo en mi espíritu tan extraordinario cambio de situacion, era en resumidas cuentas, lo mas pasmoso y menos esplicable de la aventura; porque semejante *trastorno*, sobre ser tan natural como inevitable, con mucha antelacion lo tenia previsto, tal cual no podia menos de preveer una circunstancia sencilla, consecuencia inmediata de llegar al punto del camino en que la atraccion planetaria fuese sustituida por la del satélite; ó hablando con mas exactitud, cuando la gravitacion del globo, fuese mayor hácia la luna que hácia la tierra.

Tambien es verdad que me despertaba

de un profundo sueño, y todos mis sentidos se encontraban embotados, cuando súbitamente se me presentó un fenómeno tan sorprendente, que aunque lo aguardaba, no era en aquel momento. La vuelta debió verificarse de un modo sumamente lento y graduado, de suerte que es muy probable que aun cuando me hubiera despertado mientras se operaba, no hubiera podido darme razon del trastorno, ni percibido síntoma alguno *interior* de inversion,—quiero decir, de molestia, ó incomodidad, ó desconcierto en mí mismo ó en el aparato.

Se comprenderá fácilmente, que tan pronto como fuí dueño de mi persona y hube sacudido el terror que se habia apoderado de mi ser, dirigí única y esclusivamente la atencion á contemplar el aspecto general de la luna. Estendíase á mis piés como un mapa; y aunque comprendia la

considerable distancia á que se encontraba, dibujábanse todas las desigualdades de su superficie con tal claridad y determinacion que no sabia á qué atribuir tal fenómeno. La carencia absoluta de océano, mar, lago y toda especie de rio, fué lo que mas extraordinario encontré en sus condiciones geológicas á primera vista.

Sin embargo, causábame estrañeza ver estensas regiones planas y con un carácter determinado de aluvion, por mas que casi todo el hemisferio visible estaba cubierto de innumerables montañas volcánicas en forma de conos, de aspecto tal, que parecian mas bien que formadas por la naturaleza, cortadas artificialmente. La de mayor elevacion no escedia de tres millas y tres cuartos; mas una carta de las regiones volcánicas de *Campi Phlegræi*, dará idea mucho mejor á Vuecencias de la superficie en general,

que no todas las esplicaciones que trate yo de hacer.—Las mas de estas montañas se hallaban evidentemente en estado de erupcion, dándome una idea terrible de su furia y poder, con la multitud de piedras impropiamente llamadas meteóricas, que partiendo de sus cráteres, pasaban cerca de mi globo con una frecuencia mas y mas espantosa.

18 *de Abril.*—Hoy he hallado un aumento considerable en el volúmen aparente de la luna y la velocidad conque descendia, manifiestamente acelerada, me llenó de cuidado. Recuérdese que al principio y cuando comencé á querer aplicar mis sueños á la posibilidad de un viaje á la luna; entró por mucho en mi cálculo, la hipótesis de la existencia de una atmósfera ambiente cuya densidad deberia ser proporcional al volúmen del planeta; hipótesis contraria por

cierto, no solo á la teoría admitida, sino opuesta tambien á la preocupacion universal de la inexistencia de atmósfera en la luna. Ademas de las ideas que ya he dejado consignadas con respeto al cometa de Encke y á la luz zodiacal, corroboraban mi opinion ciertas observaciones de M. Shroeter de Linienthal. Este, teniendo la luna dos dias y medio de edad, por la noche, poco despues de puesto el sol y antes que la parte oscura fuese visible, principió á observar el satélite hasta que la parte oscura se hizo visible. Priméro vió que los dos cuernos, parecian como si se afilaran en una especie de prolongacion muy aguda, cuya estremidad iluminaban ténuemente los rayos solares, en tanto qne todas las partes restantes del hemisferio oscuro eran invisibles absolutamente; aclarándose en fin al poco tiempo despues toda la orilla ó contorno sombrío. Su-

pase que esta prolongacion de los cuernos hasta mas de la semicircunferencia, era producida por la refraccion de los rayos solares en la atmósfera de la luna. Calculé tambien que la altura de esta atmósfera (que podia refractar bastante luz en el hemisferio oscuro, para producir un crepúsculo mas luminoso que la luz reflejada por la tierra cuando la luna dista unos 32 grados de su conjuncion), debia ser de 1.356 pies; de resultas de lo cual deduje que la mayor altura capaz de refractar el rayo solar era de 5.376 pies. Asimismo confirmaba mis ideas sobre este asunto, un párrafo del tomo ochenta y dos de las *Transacciones Filosóficas*, en que dice, que al verificarse una ocultacion de los satélites de Júpiter, desaparece el tercero, despues de haber quedado indistinto durante uno ó dos segundos, y el cuarto se muestra con mu-

cha indeterminacion al acercarse al limbo. [1]

En lo que fundabá yo la esperanza de descender sano y salvo, era en la resistencia

[1] Helvelius dice, que ha observado en ocasiones, cuando el cielo estaba perfectamente limpido y hasta las estrellas de sesta y sétima magnitud brillaban distintamente, que,—con la misma altura de la luna, igual elongacion de la tierra é idéntico escelente telescopio,—la luna y sus manchas no se mostraban siempre igualmente luminosas. Bajo este supuesto, es evidente que la causa del fenómeno no se halla en nuestra atmósfera, ni en el telescopio, ni en la luna, ni en el ojo del observador; sino que debe proceder de otra cosa (¿atmósfera?) existente en rededor de la luna.

Casini ha observado muchas veces, que Saturno, Júpiter y las estrellas fijas, en el momento que su ocultacion por la luna tiene lugar, pierden su forma circular tomándola ovalada; mientras que en otras ocultaciones no ha percibido cambio alguno de forma. Pudiera por lo tanto inferirse, que en algunos casos, si bien no en todos, la luna se halla envuelta por una materia densa, en que son refractados los rayos de las estrellas.—E P.

ó mas bien en el apoyo que me ofreciera una atmósfera en cierto estado de densidad hipotética. Finalmente, siendo absurda la conjetura que hice, el desenlace mejor que mi aventura podria tener, era hacerme añicos contra la escabrosa superficie del satélite; así que resumiendo, diré me sobraban razones para tener miedo, la distancia á que me encontraba de la luna, era comparativamente insignificante, y el trabajo que tenia que emplear con el condensador no me parecia disminuir, por manera que no encontraba indicio alguno de que la densidad atmosférica fuese mayor.

19 *de Abril.*—Esta mañana, con mucha alegría, hácia las nueve, viéndome espantosamente cercano á la superficie lunar y sobrescitados mis temores hasta el grado mas inminente, el piston del condensador ha mostrado de un modo evidente una alte-

racion en la atmósfera. A las diez no pude dudar ya del considerable aumento que tenia de densidad. A las once, no era menester emplear sino muy escaso trabajo con el aparato y á las doce me determiné con cierto recelo á destornillar la manga. Viendo que ningun inconveniente me producia, abrí sin titubear la cámara de caoutchoùc y desenfundé la barquilla. Segun debí haber previsto, la consecuencia inmediata de esperiencia tan precipitada y llena de peligros, fué una violenta jaqueca acompañada de espasmos; mas como semejantes inconvenientes y varios otros tambien en la respiracion, no eran de suficiente magnitud para poner en riesgo la vida, me resigné á sufrirlos con tanta mas paciencia, cuanto que todo contribuia á que creyese durarían muy poco, y desaparecerían progresivamente y de minuto en minuto, segun me fuera acercando

á capas mas y mas densas de la atmósfera lunar.

Entretanto mi descenso se verificaba con una extraordinaria impetuosidad y no tardé en cerciorarme con espanto, de que si bien no me habria probablemente equivocado al contar con una atmósfera cuya densidad fuese proporcional al volúmen del satélite; habia si cometido el error de contar, con que semejante densidad pudiese ni aun en la superficie, ser bastante á soportar el peso enorme contenido en la barquilla del globo. Esto *debió verificarse* de igual manera que en la superficie terrestre, suponiendo que en el planeta y su satélite la gravedad ó peso real de los cuerpos, se hallase en razon de la densidad atmosférica; pero *no se verificó*, segun mi caida precipitada lo demostraba con sobrada evidencia. ¿Por qué? Es imposible esplicarlo de otro modo que por medio

de aquellas perturbaciones geológicas cuya teoría ya establecí anteriormente en este relato.

Ya casi llegaba al satélite de la tierra, y seguia cayendo con terrible impetuosidad: sin perder un instante, arrojé fuera de la barquilla todo el lastre, despues los barriles de agua, el aparato condensador, el saco de caoutcbouc y finalmente dejé vacía la barquilla. De nada sirvió esto y seguia descendiendo con borrible velocidad, no distando ya mas de media milla de la superficie. Como último remedio tiré el paletot, el sombrero, las botas, y desaté del globo la barquilla misma, que no dejaba de pesar bastante, cogiéndome entonces con las manos de la red. Apenas habia tenido tiempo de reparar, que todo el pais hasta donde alcanzaba la vista, estaba sembrado de casas lilliputienses, cuando vine á caer en el cen-

tro mismo de una ciudad de aspecto fantástico, y en medio de un gentío grande de miserable plebe, sin que ni uno solo de aquellos individuos pronunciase una sílaba, ni se tomara la menor molestia por ayudarme. Hallábanse todos con los brazos puestos en jarras, como un rebaño de idiotas, gesticulando de un modo ridículo, y mirando de reojo mi globo y persona. Volvíles las espaldas con soberano desprecio, y levantando los ójos hácia la tierra que acababa de abandonar y de la que me desterraba tal vez para siempre; ví tenia la forma de un ancho y sombrío escudo de cobre de unos dos grados de diámetro, fijo é inmóvil en el cielo, y guarnecido por un lado con una resplandeciente y dorada media-luna, ó si se quiere mejor *media-tierra*. No era posible distinguir rastro, ni indicio de mares, ni continentes; hallándose toda la superficie visi-

ble, salpicada de manchas variables, y cruzada por las zonas tropicales y ecuatorial, como con otras tantas fajas.

Por tanto, trás una série dilatada de angustias, peligros inauditos, y apuros sin cuento; diez y nueve dias despues de salir de Rotterdam, hallábame al fin en el término del viaje mas extraordinario, y de mayor importancia, que se ha llevado á cabo, emprendido, ni imaginado siquiera, por ningun ciudadano de ese planeta. Réstame contar mis aventuras, porque no dudo que Vuecencias comprenderan sin dificultad, que despues de una permanencia de cinco años en un planeta tan interesante ya por sí mismo, duplícase este interés, por el lazo íntimo conque como satélite suyo se halla enlazado al mundo que el hombre habita; así que me propongo mantener con el Colegio Nacional Astronómico una correspondencia

secreta sobre el viaje que tan felizmente he hecho, de mayor importancia que no la que puede darse á sencillos detalles, por sorprendentes que parezcan.

La verdadera cuestion es la siguiente: aquí hay muchas cosas que contar, y tendría un verdadero placer en referíroslas; hay mucho que decir sobre el clima de este planeta; sobre las alternativas sorprendentes de frio y calor; sobre esta claridad solar que dura quince dias, implacable y abrasadora; y esta temperatura glacial, mas que polar, que dura otros quince; sobre una traslacion constante de humedad que se verifica por destilacion, como en el vacío, desde el punto del planeta mas cercano al sol, hasta el mas distante; —sobre la raza misma de los habitantes, sobre sus costumbres, trajes, instituciones políticas y leyes, sobre su organismo particular, su fealdad, su falta de

orejas, apéndices inútiles en una atmósfera tan extraordinariamente modificada; sobre su ignorancia por consiguiente, del uso y propiedades de la palabra; sobre el medio singular de transmitir las ideas que sustituye al lenguaje;—sobre la relacion incomprensible que liga á cada ciudadano de la luna, con cada uno de los del globo terrestre, relacion análoga y dependiente de la que rige tambien á los movimientos del planeta y su satélite, y por medio de la cual, el sino y la existencia de los habitantes de uno de estos planetas, está enlazado al sino y existencia de los habitantes del otro; añadiéndose á todo, lo que tendré que referir á Vuecencias sobre los tenebrosos y horribles misterios existentes en las regiones del otro hemisferio lunar, que gracias á la concordancia casi milagrosa de la rotacion del satélite sobre su eje, con la revolucion sideral

del mismo alrededor de la tierra, estas regiones no se han vuelto jamas hácia nosotros, y Dios mediante no se mostraran nunca á la curiosidad de los telescopios humanos.

Esto quiero contaros, y ademas otras muchas cosas; pero en cambio os exijo un premio ó recompensa. Quiero poder reunirme con mi familia y volver á mi casa, y en consideracion á la luz que puedo proporcionar, si me acomoda, respecto á muchos ramos importantes de las ciencias físicas y metafísicas, han de pagarse mis comunicaciones futuras, con el apoyo que ese respetable cuerpo, que tan dignamente presiden Vuecencias, prestará á mi solicitud, de que se me perdone el crimen que cometí matando á mis acreedores al salir de Rotterdam. He aquí el objeto de esta carta, cuyo portador es un habitante de la luna, que se ha prestado á ser mi mensajero y lleva cuantas

instrucciones mias ha menester. Aguardará cuanto dispongan Vuecencias, y me traerá el perdon impetrado, si fuere dable obtenerlo.

Tengo el honor de ofrecerme á Vuecencias como su mas humilde servidor:

HANS PFAALL.

Terminada la lectura de tan estraño documento, el profesor Rudabub, en el colmo de la sorpresa, hay quien afirma dejó caer al suelo la pipa; y Mynheer Superbus Von Underduk, se quitó, limpió y guardó los anteojos en el bolsillo, y olvidándose de sí mismo y de su dignidad, llegó hasta hacer tres piruetas sobre el talon izquierdo, víctima de la quinta esencia del pasmo y de la admiracion.

Se obtendria el indulto; —esto no podia ofrecer la mas ligera duda; al menos el buen

profesor Rudabub así lo juró y perjuró con un verdadero juramento, siendo idéntico el parecer del ilustre Von Underduk, que cogiendo del brazo á su cólega, anduvo sin desplegar los labios la mayor parte del camino que mediaba hasta su casa, en que quisieron comenzar ya á tomar aquellas medidas de mayor urgencia. Sin embargo, llegados á la puerta, ocurriósele al profesor, que puesto que el mensajero habia considerado oportuno marcharse (aterrado indudablemente al ver las fisonomías salvages de los vecinos de Rotterdam), seria de escasísima utilidad el perdon, porque solo un habitante de la luna era capaz de emprender tan largo viaje.

Ante tan juiciosa observacion, cedió el burgomaestre y el asunto no tuvo otras consecuencias, mas no sucedió otro tanto con las conjeturas y rumores. Publicada la car-

ta, produjo mil chanzonetas y otros tantos pareceres. Los unos, —los mas prudentes y cautos,—ridiculizaron el hecho hasta presentarlo como una verdadera *grilla*. En mi sentir, ciertas jentes llaman *grilla* á todo aquello que es superior á su inteligencia, y no comprendo á decir verdad, qué fundamento tuvieron en este caso para hablar así. Estamparemos sus asertos:

Primo.— Que ciertos burlones de Rotterdam profesaban cierta antipatía especial, hácia ciertos burgomaestres y ciertos astrónomos.

Secundo.—Que un enanillo estrambótico, de oficio fullero, con las orejas cortadas al rape en pago de alguna de sus fechorias sin duda, habia desaparecido de Bruges, que está cerca de Rotterdam, pocos dias antes del suceso.

Tertio.—Que las gacetas pegadas alre-

dedor del globo eran gacetas de Holanda y por consiguiente no era posible procedieran de la luna.

Cuarto.—Que el mismo Hans Pfaall, borrachon y bellaco, con los tres haraganes á quien aquel llama acreedores suyos, se les ha visto juntos, dos ó tres dias antes, en una taberna de los arrabales, y en el momento mismo en que volvian con algun dinero de un viaje á América.

Ultimo.—Que con harta justicia es muy comun opinion; que el Colegio de los Astrónomos de la ciudad de Rotterdam, así como todos los colegios astronómicos restantes, de las demas partes del universo—(sin hablar de los colegios de los astrónomos en general),—no es, por no decir otra cosa, ni mejor, ni mas instruido, ni mas listo, que lo precisamente necesario.

BIBLIOTECA DE VIAJE.

CUENTOS, ARTÍCULOS Y NOVELAS

DE

D. PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

Segunda serie.

Soy, tengo y quiero.

MADRID.
IMPRENTA DE EL ATALAYA, ANCHA DE SAN BERNARDO, 73.
á cargo de J. Martin Alegría.

1859.

SOY, TENGO Y QUIERO.

HISTORIA MADRILEÑA,

dedicada á mi amigo el Sr. D. José Salvador de Salvador.

I.

EL AUTOR.

Yo gusto de los poetas que no tienen un maravedí;

De las niñas pálidas y bellas que montan en su nariz unos aristocráticos *quevedos*;

De las tardes de otoño, si hubo tormenta por la mañana;

Y de una ópera de Bellini, oida desde el *paraiso* del Teatro Real.

Pues este paraiso, como todos los prometidos en las religiones de que me acuerdo, es el consuelo de los pobres.

Y las tardes de otoño recuerdan al hombre la muerte.

Y las niñas con anteojos son muy coquetas.

Y la pobreza pone al genio en su carro de Dios terrenal.

Divinidad, coquetismo, muerte y consolacion que

soy, tengo y quiero.

II.

ALONSO IDEM.

Alonso Alonso vive en Madrid.

El autor de esta historia le encontró un dia en la calle de Hortaleza.

—¿Adónde vas? le dijo.

—A cualquier parte, respondió Alonso.

—¿Qué tienes?

—Voy muy triste.

—¡Siempre lo mismo!

—Hoy mas que nunca. Vengo de estar solo en el Prado entre dos ó tres mil personas.

—¿En qué te ocupas?

—En nada.

—¿Por qué?

—Porque no tengo dinero.

—Razon de mas para que trabajes.

—No sé.

—Haz una comedia.

—Se emplea mucho tiempo...

—¿Qué importa?

—¿La comprarás tú luegò?

—No; pero en el teatro...

—Los empresarios me odian.

—Haz un tomo de poesías.

—No las quiere de valde ningun editor, ni el pueblo las lee, dándole dinero encima.

—¿Qué piensas, pues, hacer?

—Nada. He dedicado mi juventud á una carrera demasiado ilustre, á las bellas letras, y mi huéspeda conviene conmigo en que no produce la literatura lo bastante para comer.

—Solicita un destino.

—Seis mil pretendientes hay en Madrid esperando una vacante.

—Escribe en un periódico.

—Cuando yo me inspiro, no sé mentir; ni me inspiro *gratis*.

—Busca una novia rica y cásate...

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Porque estoy enamorado de una mujer que no me amará nunca.

—¿Quién es?

—La duquesa de***...

El autor no recuerda si dijo tres estrellas ó cuatro.

—¡Pobre Alonso! esclamó el autor.

—¡Maldita sociedad! esclamó Alonso. Figúrate una mujer pálida, bellísima, de risa desdeñosa, atrevido peinado y talle delicioso... Añade, para colmo de tortura, unos impertinentes *quevedos* sobre su nariz delicada: una cara que se levanta con osadía para mirar por los lentes; una mano larga que cae indolente á lo largo del cuerpo; una mirada que nunca se fija, que todo lo desdeña...¡ Oh! Y el lacayo de esa mujer será acaso mi pariente, mi amigo!... ¡Y esa mujer no puede ser mia! ¡Desesperacion! ¡Pues que ella no pertenece á la region de mis deseos,

al mundo de mis esperanzas! ¿por qué hace gala ante mí de unos tesoros que no me ha de conceder?... ¡tanto valiera enseñar pan á un mendigo y rehusárselo en seguida! ¡Ni pasion ni virtud reconozco en vos, señora duquesa!... ¡teneis mal corazon! ¡Dios os pedirá cuenta del mal que haceis!

El jóven calló: el autor meditó un momento y dijo con gravedad.

—¿Crees en el infierno, Alonso?

—No.

—Pues ahórcate.

—Lo pensaré..

Dijo, y se alejó hácia la red de San Luis.

A poco volvió para preguntar al autor.

—¿Y tú, chico, crees en el infierno?

—Yo creo en tí, contestó el autor.

Y le volvió la espalda.

Así hacemos todos.

III.

LA MUSA.

El que esto escribe no ha vuelto á saber de Alonso Alonso.

Pero como su musa lo sabe todo, la llamó una tarde y la dijo.

El autor. Responde, diosa; ¿Qué es de Alonso Alonso?

La musa. ¿Alonso Alonso?... ¡Ah!!!

El autor. Cuéntame.

La musa. Ayer al medio dia hubo tormenta en Madrid.

El autor. ¡Gran noticia, musa!

La musa (imperturbable). Y por consiguiente Alonso Alonso pasó la tarde en el campo. Yo estuve con él, porque me evo-

có tres veces con las lágrimas en los ojos. Paseábase tu amigo por la montaña del Príncipe Pío, aspirando los efluvios eléctricos que la tempestad habia dejado en la atmósfera, y el viejo corazon del niño se dilataba queriendo absorver occéanos de ambiente. Alonso Alonso era feliz, porque pensaba en muchas cosas tristes; en los siglos pasados, desvanecidos como humo; en su existencia y sus penalidades que se desvanecerian como los siglos pasados; en los amigos que habia perdido; en las mujeres que habia amado; en la brevedad de la vida y en las ridiculeces de que está poblada; en la vanidad de la ciencia, en la nada de la ambicion, en toda esta comedia en fin, que se llama humanidad. Entonces Alonso era grande, rico, feliz, sábio, rey, ángel! Su imaginacion abarcaba el universo entero. Si en aquel momento en que todas

sus facultades intelectuales estaban despiertas y todos sus nervios escitados; si en aquella hora de inmensa sensibilidad hubiera escuchado alguna de esas armonías místicas que Bellini dejó á su paso por la tierra... ¡Oh! el desgraciado niño hubiera muerto ahogado en lágrimas! La luz crepuscular heria tan íntimamente su alma de poeta, que todos sus recuerdos saltaron á su imaginacion. Aquella agonia de la naturaleza le representaba la agonía de su esperanza. La muerte del dia le hablaba de su vejéz á que no llegaría, de su muerte que no lloraría nadie. Quedó abismado en una estática somnolencia que ya no era la vida: su alma habia huido de la tierra: no tenia conciencia de sí mismo, ni sabia donde se encontraba... De pronto... —Ya habia anochecido,—siente el crugido de un trage de seda... La forma de una mujer se destaca

en los cielos, y quedan tras ella mil estrellas invisibles á los ojos de Alonso. La aparicion se acerca; llega al jóven; siéntase á su lado y rodea su cuello con su brazo. Alonso reconoce á la duquesa de***, á la niña de los quevedos... cree que se vuelve loco; cree que sueña; cree... ¡hasta en un milagro!— A la primera palabra de la beldad, arroja Alonso tan brutal carcajada, que rueda sobre la tierra como herido de un rayo, y la vision huye hiriéndose tambien.

El autor. ¡Diosa, tú deliras; tú me engañas; tú me cuentas imposibles!

La musa. (*Poniéndose bermeja*) te digo la verdad: aquella niña era...

El autor. ¡Musa!

La musa. Ni mas ni menos.

El autor. No era la duquesa de...

La musa. Nombre de guerra.

El autor. Pero Alonso....

La musa. Es un pobre muchacho, á quien engañan todos sus amigos......

El autor. Pero la carretela....

La musa. Era de alquiler.

El autor. ¿No tenia número?

La musa. Si, lo tenia entre dos palmas y bajo una diadema de rosas; de modo que parecia un blason....

El autor. (*con desaliento*) Prosigue, musa.

La musa. Perdida aquella primera ilusion; roto aquel lazo que le retenia en la tierra; viéndose tan pobre y tan solitario, recordó que el canal estaba próximo, y se dirigió á él. Llegó á la pradera. La noche estaba espléndida. Los árboles, rejuvenecidos por la lluvia, exalaban acres y vigorosos perfumes. Los astros inmóviles parecian los fanales avanzados del puerto de la bienaventuranza. El último reflejo

vespertino parecia el broche de oro del manto negro de la noche....

(*La musa se entusiasma, pierde los estrivos y se pone á hablar en verso, plajiando una poesía del autor.*)

Mas no penseis por esto, provincianos,
que el lugar de esta escena es un eden;
los pobres cortesanos
moran en una orilla nada amena
de un arroyo que emigra en los veranos.
Raquítica y enclenque y destinada
es la natura aquí; pálido arde
el claro sol, hoguera de la vida;
es la vegetacion pobre y cobarde,
flaca la aurora cual mujer perdida,
y cual vieja soez, sucia la tarde.
¡Oh! bien hayan tan lejos de los hombres
y tan ocultos á los madrileños,
los paises sin pueblos y sin nombres
que abriga la feráz Sierra-Morena...
de los montes rondeños

bien hayan las augustas soledades
y la campiña plácida y amena
do encontrareis bordada
con süaves contornos de sirena,
á Córdoba, á Sevilla ó á Granada!

El autor. Señora musa, quisiera que en vez de hablar de geografía, se ocupase usted de Alonso Alonso.

La musa. Yo hablo de lo que quiero.

El autor. Entonces para nada la necesito. Váyase usted.

La musa. ¡Insolente!

El autor. ¡Bachillera!

La musa. ¡Usted me llamará algun dia!

El autor. ¡Yo! —Pierda usted cuidado. —Mañana pido turron al gobierno.

La musa. Abur, ingrato, pérfido, materialista.

El autor. Vaya usted con Dios, señora.

IV.

EL AUTOR RECOBRA LA PALABRA.

Entre estas y las otras, querido suscritor, han dado las cuatro y media de la mañana.

El alba se rie de mí, asomando su rubia cabeza por el ajimez oriental del palacio de la noche.

El reflejo del lucero matinal viene á poner mas blanco el papel en que escribo.

La luz de mi lámpara empalidece como una vírgen moribunda ó como un disoluto arruinado.

Por el balcon de mi gabinete entra un aire frio y ligero, como un beso hipócrita.

Las estrellas desaparecen poco á poco,

como esos geroglíficos misteriosos que el tiempo borra de las pirámides egipcias.

La luna se ha ido á América: acaba de ponerse aquí, y vá á aparecer allá, como una actriz que, terminada la funcion de la tarde, se viste para la de la noche.

Me duele la columna vertebral de estar inclinado hace una hora sobre el escritorio, despues de haber pasado toda la noche leyendo á Lope de Vega, que escribió 1600 comedias, mientras yo no me atrevo á hacer una.

Esta es la hora en que las niñas de Andalucía, que han trasnochado pelando la pava, dicen á su novio, *adios*... y cierran la reja, procurando al hacerlo, ponerse muy bonitas, á fin de que se vaya lo uno por lo otro.

Esta es la hora en que los estudiantes, que han pasado las vacaciones en su aldea,

llegan al lecho de su madre y la dicen:—***Me voy***... A lo que contesta la madre, ocultando la cabeza entre las sábanas;—*¡Adios hijo de mi alma!* Despues de lo cual el estudiante sube llorando en un burro que le lleva á la universidad.

Esta es la hora en que el enfermo se duerme ó se muere, y en que el enfermero retarda veinte minutos la pocion mas importante.

El sabio, que vela sobre un libro, dá una cabezada al llegar esta hora.

El sereno se acurruca en una puerta.

El arriero y el campesino echan el aguardiente.

El adúltero baja por el balcon.

Y el escudero de Marte canta tres veces en el corral, porque San Pedro negó tres veces á Cristo.

Buenos dias, lectores, voy á acostarme.

El autor (al tiempo de dormirse). ¿Qué habrá sido de Alonso Alonso?... ¿Se suicidaria?... ¡Pobre... muchacho!...

(*El autor se duerme*).

V.

Alonso Alonso, vivo ó muerto, ha entrado en mi cuarto durante mi sueño, y ha concluido este artículo. No tengo duda. Es su letra.

¿Por donde ha entradò? ¿Cómo se ha ido sin despertarme?

Leamos.

«*Creo en el infierno.*»

«*En vez de suicidarme anoche como tenia pensado, he estorbàdo un suicidio.*»

«*He conocido la virtud.*»

«*Hay quien sufra mas que yo.*»

«Hacer bien: he aquí la última dicha posible.»

«El hombre se debe al hombre.»

«Y Dios premia nuestra abnegacion con el amor de nuestros hermanos.»

El autor. Lectores, convenid conmigo en que Alonso Alonso es un pobre diablo, ya tonto, ya loco. Ni sabe lo que *es*, ni lo que *tiene*, ni lo que *quiere*. Quizás ignora tambien lo que dice.

Yo me lavo las manos y me despido hasta luego.

FIN.

ERRATAS.

PÁGINA 148. **DICE.**

Que el lugar de esta escena es un eden;
los pobres cortesanos
arroyo

PÁGINA 148. **LÉASE.**

Que el lugar de esta escena
es un eden; los pobres cortesanos
riachuelo

BIBLIOTECA DE VIAJE.

CUATRO REALES TOMO.

Tomos publicados.	Colorin Colorado, por D. A. de Trueba, primera serie. Historias extraordinarias de Edgard Poe, primera serie. Cuentos, artículos y novelas de D. P. A. de Alarcon, primera serie. El Mundo de perfil, por D. A. Ruiz Aguilera, primera serie. Historias extraordinarias de Edgard Poe, segunda serie.
En prensa.	Cuentos, artículos y novelas de D. P. A. de Alarcon, segunda série. Idem del mismo, tercera serie. Los Piratas callejeros, novela de M. F. Gonzalez.

PUNTOS DE VENTA Y SUSCRICION.

En ... lle del Princ ... *Cuesta,* calle ... l Car- men; ... *Toro y* *Comp* ... *eccion.* Lope ... a.

